

UNA COMIDA EN INVIERNO

Hubert Mingarelli



Lectulandia

Al amanecer, en uno de los desolados inviernos de la Segunda Guerra Mundial, tres soldados alemanes se arrastran por los helados campos de Polonia. Tienen órdenes de rastrear la zona y volver con «uno de ellos». Tras atrapar a un joven judío escondido en el bosque, el grupo hace un alto en una cabaña abandonada antes de regresar al campamento con su presa. Mientras con sus escasos recursos intentan encender fuego y preparan la cena, se suma al cuarteto un cazador polaco cuyo virulento antisemitismo eleva la tensión de una atmósfera ya de por sí a punto de estallar. A medida que avanza la velada y las implicaciones últimas de su misión van perfilándose con mayor claridad, las lealtades y vínculos de unos hombres hambrientos, agotados e inmersos en un conflicto cuyas dimensiones y consecuencias están muy lejos de poder calibrar, se verán puestas en entredicho.

Lectulandia

Hubert Mingarelli

Una comida en invierno

ePub r1.0

Titivillus 25.09.2019

Título original: *Un repas en hiver*
Hubert Mingarelli, 2012
Traducción: Laura Salas Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Una comida en invierno

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

Sobre el autor

Fuera había repicado el hierro; estuvo resonando un rato, primero de verdad, en el patio, y luego en nuestra cabeza, mucho más tiempo. No lo oiríamos por segunda vez. Hubo que levantarse de inmediato. El lugarteniente Graaf nunca necesitaba golpear dos veces el hierro. Una luz pobre entraba por la ventana cubierta de escarcha. Emmerich dormía de lado; Bauer lo despertó. La tarde tocaba a su fin, pero Emmerich pensó que era por la mañana. Se enderezó en la cama, mirándose las botas; parecía no entender por qué había dormido toda la noche con ellas puestas.

Durante ese tiempo, Bauer y yo nos habíamos calzado las nuestras. Emmerich se levantó y fue a mirar por la ventana, pero como no se veía nada por culpa de la escarcha, siguió intentando desenmarañar la noche del día. Bauer le informó de que era por la tarde y de que Graaf nos llamaba.

—¿Otra vez? —gruñó Emmerich—. ¿Para qué? ¿Para que nos muramos de frío?

—Date prisa —le dije.

—Sí, claro —me respondió Emmerich—; darse prisa para ir a quedarse pajarito.

Pensábamos lo mismo que él. Toda la compañía lo pensaba. ¿Por qué tenía que reunirnos fuera el lugarteniente Graaf? ¿Es que a él no le asustaba el frío? También podíamos escuchar al calor, de pie ante nuestros catres, lo que tuviese que decirnos. Seguro que no le parecía lo bastante solemne hablarnos dentro del gimnasio. Había mandado colgar una placa de hierro de un poste de teléfono y, aún más que el frío que nos esperaba fuera, odiábamos el ruido que hacía cuando él la golpeaba, aquel tintineo siniestro. No nos quedaba otra que obedecer las órdenes, pero hacía falta valor para salir con aquel tiempo.

Nos pusimos el abrigo, nos enrollamos bien las bufandas alrededor del cuello y las anudamos por detrás. Luego el pasamontañas de lana. Cuando salimos al patio del gimnasio íbamos cubiertos por completo, a excepción de los ojos. Bauer, Emmerich y yo fuimos los últimos.

Estábamos acostumbrados, sabíamos lo que nos esperaba, y aun así el frío seguía sorprendiéndonos. Parecía que penetrara por los ojos para extenderse después por todos los rincones. Como agua helada que entrase por dos

agujeros. Los otros ya estaban allí, en fila, tiritando. Y mientras buscábamos sitio entre ellos, nos murmuraban que éramos unos capullos por hacer esperar de esa manera a toda la compañía. No dijimos nada, nos colocamos en nuestro lugar, y cuando todos dejaron de golpear el suelo con los pies para calentarse, nuestro lugarteniente nos dijo que ese día iban a llegar algunos, pero seguramente tarde, de modo que se preveía trabajo para el día siguiente y que aquella vez le tocaba a nuestra compañía. Y yo pensaba, todos pensábamos: ¿y eso no podía habérmolo contado dentro?

Por lo demás, Graaf no sabía qué impresión nos causaba el hecho de que fuesen a llegar. No podía ver si murmurábamos por debajo de los pañuelos. Lo único que veía eran nuestros ojos. Y desde tan lejos, tampoco podía saber de antemano quién se declararía enfermo al día siguiente.

No nos había dicho cuántos iban a llegar. Sabía que a nosotros no nos daba igual ocho que ochenta, sabía que el número era importante. Porque si llegaban muchos, era de temer que empezásemos a declararnos enfermos esa misma noche.

Nos hizo una señal, nos dio la espalda y se marchó hacia la casa donde se alojaban los oficiales.

Ya podíamos romper filas y regresar al calor, pero no lo hicimos. Nos quedamos allí. Un momento antes habríamos dado cualquier cosa por no tener que salir, y sin embargo ahora esperábamos antes de volver a entrar. Quizá fuese por el trabajo que nos aguardaba al día siguiente. O porque ya estábamos helados por dentro, de modo que unos minutos más carecían de importancia.

Los que se ocupaban aquel día de la estufa aprovecharon que estaban ya fuera para ir a llenar de carbón los cubos. Bauer y yo mirábamos hacia la casa de los oficiales, que al parecer tenía una bañera, y justo estábamos hablando de eso cuando se oyó el tintineo del hierro. Yo le estaba diciendo a Bauer que, antiguamente, estaba ahorrando para instalar una bañera. Usábamos a menudo aquella palabra. Decíamos a menudo «antiguamente», de broma, pero también un poco en serio. Emmerich se dirigió hacia nosotros. Intentó ocultarnos su estupor. Tenía ojeras de haber estado durmiendo durante el día.

Entramos y fuimos a sentarnos en la cama de Bauer. No hablamos del trabajo que nos esperaba al día siguiente. Pero a fuerza de no hablar del tema estábamos como en ascuas.

Aquella noche solicitamos ver al comandante. Qué otra cosa podíamos hacer. Conseguimos saltarnos a Graaf porque había salido. Tenía conocidos en la ciudad. Mejor, porque, si no, quién sabe si nos habría dejado. El comandante nos escuchó sin mirarnos, con las manos en los bolsillos, removiéndolas como si buscase algo. Le hablamos con el corazón en la mano. Era un poco mayor que nosotros. Cuando era civil, compraba y vendía tela al por mayor. Nos costaba imaginárnoslo. Para nosotros era como si siempre hubiese sido comandante de algo.

Ya sabía lo que le estábamos contando. A veces lanzaba una mirada hacia la puerta o bien asentía rápidamente. No porque tuviese prisa, no, sino porque nos comprendía. Aunque, claro, estábamos exagerando un poco. Allí, para obtener una cosa hacía falta pedir mucho. Si al día siguiente nos encontrásemos con que el cocinero era un poco riguroso con las raciones, para que la cosa cambiase habríamos tenido que decir que nos moríamos de hambre.

Aquella noche teníamos otras cosas importantes que decir, y el comandante nos comprendía y a veces asentía con la cabeza. Le explicábamos que preferíamos la caza a los fusilamientos, que los fusilamientos no nos gustaban, que nos resultaban deprimentes, y que por la noche soñábamos con ellos. Por la mañana nos quedábamos hechos polvo nada más pensarlo, íbamos a acabar por no soportarlos en absoluto y, pensándolo bien, si enfermábamos del todo no serviríamos de nada. A otro comandante no le habríamos hablado así, con tanta franqueza, desde el corazón. Era un reservista, como nosotros, y también dormía en un catre. Pero las matanzas lo habían envejecido más que al resto. Había adelgazado y a veces daba una impresión de desamparo, hasta el punto de que temíamos que se pusiese enfermo antes que nosotros y que nos cayese de golpe otro comandante menos comprensivo. Quizá ni siquiera viniese de fuera. Podría ser Graaf, nuestro lugarteniente, que no dormía en un catre. Era delicado consigo mismo, pero no con los demás. Con él había menos carbón y más formación. Entrar y salir continuamente, eso es lo que nos esperaba con Graaf. Cuando lo pensábamos, oíamos el tintineo de la placa de hierro de la mañana a la noche.

No, no podía compararse; nos caía bien nuestro comandante, por desamparado que estuviese.

Para muestra, un botón: nos concedió lo que le pedimos, y Emmerich, Bauer y yo nos marchamos al día siguiente. Salimos rápido, al alba, antes del primer fusilamiento, sin haber comido pero sin tener que enfrentarnos tampoco a la mirada de Graaf, rabioso porque le habíamos pasado por encima. Aún era de noche y estaba cayendo una helada. La carretera estaba más dura que una piedra. Caminamos largo rato sin detenernos, con un frío insoportable, bajo el cielo helado, pero un poco felices también.

Y era como si le hubiese mentido a nuestro comandante al hablarle de las noches que pasábamos, porque aquella en concreto había soñado con una cosa ajena por completo a nuestra vida allí. Emmerich, Bauer y yo nos paseábamos en tranvía. En sí era un sueño muy simple, pero era justo aquello lo que le daba un carácter extraordinario. Estábamos los tres sentados y todo estaba en calma, todo era perfectamente real a nuestro alrededor, a diferencia de lo que ocurre a menudo en los sueños. Nada indicaba que fuera falso y que solo lo provocaba mi espíritu.

No les dije nada a Emmerich ni a Bauer. Temía que se pusiesen a contarme los suyos. Allí daban igual tanto los sueños como las pesadillas; valía más guardárselos para sí. Y, además, en el fondo, ¿para qué se los iba a guardar uno para sí? ¿Qué podía hacerse con ellos?

No paramos hasta llegar tan lejos que no oíamos nada, ni siquiera el eco del primer fusilamiento. De momento soportábamos el frío de perros que hacía. En un momento nos pareció ver el sol, pero solo eran faros.

No abandonábamos las carreteras. Para qué ponerse ya con aquello para lo que nos había dejado marchar nuestro comandante. Hacía un momento habíamos atravesado un pueblo polaco, triste como un plato de hierro que nunca hubiese lavado nadie. Todo dormía aún, pero unas gallinas cloqueaban ya en algún sitio. Una gallina nos habría sentado bien, estaba claro, pero no habíamos querido tomarnos el tiempo de buscarla.

Al final vimos que salía un sol pálido que alumbró un poco, aunque apenas conseguía teñir el cielo. Así que, para que nos calentase, habría que esperar a mediodía. Y no sabíamos cuántos grados alcanzaría.

El horizonte se descubría, destacaban unas formas oscuras, pero aquello era todo. A lo lejos reconocíamos bosques y colinas. El día que se alzaba funcionó como una señal. Fue como si hubiésemos salido de un sitio que no nos gustaba. Nos detuvimos para fumar. A nuestro alrededor solo había campos inmensos. El viento hacía ondular la nieve, había levantado ondas largas y regulares que el frío había petrificado hacía tiempo. Mirábamos a nuestro alrededor como si estuviésemos en medio de un mar completamente blanco. Por el cielo era igual, menos hacia el este: un velo apenas coloreado delante del sol.

Nada más encender los cigarrillos empezaron a ardernos las manos, del frío. Volvimos a ponernos los guantes. Había que montar un verdadero circo para fumar. Los guantes eran gruesos y, por supuesto, la mayor parte del tiempo nadie se quejaba de ello. Pero cuando fumábamos sí.

No se oía nada más que el chisporroteo de nuestros cigarrillos, nuestra respiración, y a veces uno de nosotros soltaba pequeños cristales de hielo por la nariz. Fumar con el estómago vacío es menos agradable que hacerlo con la barriga llena. Pero de todos modos apreciábamos aquel pitillo. Porque el gimnasio, Graaf y el día que se alzaba habían quedado atrás. Nos hallábamos en medio de un mar helado, todo era feo y estaba cubierto de nieve a nuestro alrededor. Notábamos el estómago vacío, pero nos sentíamos a cubierto.

De repente, Emmerich dijo:

—A mí me da miedo que aprenda a fumar. ¿De qué sirve que yo le pida que no lo haga? Vale, yo le digo por carta que no fume, pero ¿y qué? Él se meterá la carta en el bolsillo y si te he visto no me acuerdo.

Con frecuencia, Emmerich se dirigía a nosotros. Pensaba para sí, a veces durante largo rato y, de repente, soltaba así, en voz alta, lo que estaba pensando. Nosotros teníamos que comprender rápidamente de qué se trataba, subirnos al tren en marcha. A veces no lo conseguíamos. Aquella mañana sí. Nos habíamos dado cuenta, antes incluso de que terminase, de que se refería a su hijo. Porque Emmerich pensaba mucho en él. Lo asaltaban muchas preguntas sobre él. Nosotros lo ayudábamos como podíamos. Lo escuchábamos todo lo que quería. Si nos pedía nuestra opinión, se la dábamos. También nos compadecíamos, porque impresionaba verlo así, tan atormentado.

Bauer le respondió con respecto a la carta:

—A lo mejor no se la mete en el bolsillo.

—Anda que no —protestó Emmerich, sonriendo un poco—. Pues claro que se la meterá.

—Dile por carta que vamos a volver y que, si fuma, no va a poder esconder el olor, porque vamos a llegar sin avisar —sugirió Bauer.

Emmerich se quedó pensativo e hizo unos movimientos leves de cabeza. No sabíamos si eran de aprobación o de duda. Los cigarrillos estaban acabándose. Y para acabarlos del todo, para aprovechar hasta el último momento, no nos quedó otra que quitarnos un guante. Nos quemamos la punta de los dedos de calor y de frío.

—Dile que nos han anunciado los permisos. Que de un día para otro nos tocará a nosotros. No seas muy concreto, dile solo que va a pasar, de un momento a otro, y que si ha fumado te darás cuenta nada más abrir la puerta —le propuse a Emmerich.

—Pero eso no va a pasar. Y va a estar esperando, eso también da pena. Cada noche una desilusión —me respondió Emmerich en voz muy queda.

Bauer y yo nos echamos una rápida mirada. Después le respondí por los dos a Emmerich:

—Vale, no escribas eso.

Emmerich nos sonrió un poco y se pasó la mano por la boca. Luego se quedó mirando las botas. Ayudábamos todo lo que podíamos, pero no se puede estar en todo.

Bueno, pues ya habíamos terminado de fumar; tiramos las colillas de los cigarrillos, que habíamos apurado bastante, nos pusimos de nuevo los guantes y nos subimos la bufanda hasta los ojos. Fue el principio de un largo silencio. Bajamos la cabeza hacia la carretera helada y cada uno a lo suyo. Sabía en qué pensaba Emmerich. En el caso de Bauer, dependía del día.

Yo por mi parte no me alejé mucho: volví a aquella noche, a mi tranvía. Pero ya me parecía lejano. Los sueños son así: al cabo de una semana este estaría muerto y enterrado para siempre. ¡Si pudiese enterrarse así lo que uno quisiera!

La espalda, de tanto tensarse por el frío, había acabado por dolerme. Nos pusimos de nuevo en marcha. Emmerich iba el primero. Justo antes, con un movimiento de hombros y una especie de suspiro a través de la bufanda, nos hizo saber que no había dado por terminado su problema. Así que Bauer y yo, mientras caminábamos tras él, seguimos buscando soluciones para disuadir a su hijo de que empezase a fumar. Pero yo en el fondo pensaba que, si había decidido fumar, ninguno de nosotros podría evitarlo desde donde estábamos. Por supuesto, decírselo a Emmerich habría sido como darle un culatazo en la espalda.

Bauer y yo no teníamos hijos. En la compañía todo el mundo tenía, menos nosotros dos. Emmerich nos decía a menudo que tenerlos era una suerte y una desgracia. Que antes de la guerra era una suerte, nada más, pero que desde que esta empezó iba codo a codo con la desgracia. Nosotros lo entendíamos a medias.

—Dile que te traerá mala suerte que empiece a fumar —vociferó de repente Bauer.

Emmerich y yo nos sobresaltamos. Incluso a través de la bufanda su voz había parecido un tiro de fusil o una llamada salvaje.

Nuestro trabajo allí había transformado la voz de Bauer, que explotaba sin avisar. Y poco importaba el sentido de sus palabras en aquel momento. Podía ponerse a gritar hasta por una tontería. Emmerich y yo habíamos dejado de preocuparnos y de reprochárselo. Pero aunque lo sabíamos, nos sobresaltábamos de todos modos cuando ocurría.

Emmerich, con voz sonora, le respondió a Bauer:

—Si fuma y me pasa algo, se joderá la vida.

—Tiene razón —le dije yo también a Bauer.

Bauer dio un gran paso hacia delante, le tocó el hombro a Emmerich y le dijo con su verdadera voz, ronca y reflexiva:

—Para eso haría falta que te pasase algo. ¿Qué peligro corremos aquí?

—Ninguno, quizá. De momento todo va bien. Pero a lo mejor nos mandan a otro sitio —respondió Emmerich.

—Seguro. Pero no mañana —dijo Bauer—. ¿Y qué podría pasarte aquí?

Emmerich había aminorado el paso para caminar a nuestro lado y le dijo a Bauer:

—Nunca se sabe. Mira, imagina que se pone a fumar y a mí me pasa algo, así, por casualidad. ¿Y después, qué? No quiero que una casualidad le joda la vida.

—Es verdad. Tiene razón —le dije a Bauer.

Bauer murmuró algo detrás de su bufanda.

—No puedo amenazarlo con eso. Mejor que empiece a fumar.

Bauer se levantó la bufanda y protestó:

—Pues mándale tu ración. —Se refería a su ración de tabaco.

Oí que Emmerich se reía un poco. Sin alegría, pero menos da una piedra. Y volvimos a caminar en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Sin embargo, nos acompañaba el hijo de Emmerich. Bauer y yo ignorábamos su aspecto. Emmerich no llevaba fotografías. Nunca nos habíamos atrevido a preguntarle por qué. Quizá fuese por superstición.

Mientras hablábamos, el día había seguido alzándose y la luz gris con que nos alumbraba era seguramente la que habría hasta la noche. Lo mismo pasaba con la temperatura: no subiría, ni siquiera a mediodía. Por suerte no hacía viento. Pensándolo bien, si no había viento, ya nos podíamos dar por satisfechos. Lo único de momento era tener cuidado con dónde poníamos los pies. Las roderas heladas eran auténticas trampas.

Yo iba mirando la carretera, con la vista baja para vigilar que no hubiese roderas. Pensaba en la casualidad, en la desgracia, en la preocupación y en el amor que sentía al mismo tiempo Emmerich por su hijo. Pero, si hubiese levantado la mirada, si hubiese apartado la vista de la carretera, quiero decir, si me hubiese sido posible mirar tan lejos, habría visto dónde aguardaba la casualidad de la que hablaba Emmerich, habría visto el puente de Galizia. Y habría visto a Emmerich pegado a una pilastra, con los ojos abiertos de par en par en la hermosa primavera galiziense. Lo habría oído jadear y escupir, intentando desesperadamente decirnos algo a Bauer y a mí, arrodillados junto a él. Pero la sangre lo asfixiaba, y Bauer y yo no sabíamos qué hacer con tanta sangre. No sabíamos qué decirle. De repente no sabíamos nada de nada, como si la bala nos hubiese atravesado a nosotros también, sin hacernos sangrar como a Emmerich, pero dejándonos desamparados, arrodillados ante él, inútiles y mudos hasta el final.

Caminamos largo rato. Había acabado olvidándome del hijo de Emmerich. Había acabado por pensar solo en mí, y el tiempo había transcurrido de manera diferente. Habíamos vuelto a atravesar un pueblo, tan dormido como el anterior de no ser por una ventana iluminada y olor a humo.

A veces resbalaba y tocaba a Emmerich y a Bauer. Su contacto me reconfortaba. Varios minutos después de haber sentido un brazo o un hombro, aún seguía recordándolo, incluso sintiéndolo físicamente.

Llegamos a un pantano helado. Eran los juncos los que lo indicaban, pues el hielo del agua estaba tan blanco como los campos. Era un pantano bastante grande. El viento había arrastrado la nieve hacia un extremo, formando un montículo alto y afilado como la cresta de una ola. En medio del pantano, los juncos rígidos indicaban la dirección del viento el día en que todo se había congelado. Ese día, alguien había metido un bastón en la nieve.

Bauer nos pidió que esperásemos y se adentró en el pantano. Se había quitado el fusil del hombro y, para no resbalar, lo usaba como si fuese un bastón.

Emmerich y yo caminábamos sin movernos del sitio para mantener el calor. Observábamos a Bauer conforme avanzaba con prudencia sobre el hielo.

Sentía que se me estaba pasando la leve felicidad de antes, el alivio de haber escapado al trabajo. Ya no era lo mismo. El día, que apenas había comenzado, nos parecía largo y difícil. A mediodía estaríamos aún en faena, mientras que quizá en la compañía a esa hora habría acabado la jornada. Pero no por eso podríamos volver todavía. Tendríamos que esperar a que cayese la noche. Porque, si no, el lugarteniente Graaf nos diría: «Demasiado fácil, pandilla de cerdos. Es la última vez que os dejamos marchar». Desde su punto de vista, tendría razón. Y los muchachos de la compañía estarían en su derecho de lanzarnos insultos peores que los de Graaf.

Para justificar un regreso rápido, después de que hubiese terminado el trabajo, ante los ojos de todo el mundo, tendríamos que encontrar a alguno y llevarlo. Solo que, claro, no habíamos empezado a buscar. Y apenas pensábamos en ello.

El único consuelo que aún me quedaba era que no había viento. Si se levantaba antes de la noche, se llevaría el alivio de haber evitado el trabajo.

Bauer había llegado a la mitad del pantano. Cogió el fusil con las dos manos y se puso a dar culatazos en el hielo. Saltaban esquirlas, pero Bauer insistía. Se detuvo un momento y nos dijo:

—Está helado hasta el fondo.

—¿Qué te creías? —le lanzó Emmerich.

Bauer volvió a empezar. Yo también exclamé:

—Para, ¿de qué te sirve seguir?

Me miró. Estaba seguro de que sonreía bajo la bufanda. Parecía contento. Le daba igual lo que le dijésemos. Hizo volar de nuevo las esquirlas de hielo. Golpeaba una y otra vez, con un ruido seco. Desde allí se oía perfectamente que estaba helado hasta el fondo. No hacía falta que lo comprobase, si es que era por eso por lo que estaba golpeando. Pero nada; él seguía, con todo su ahínco.

En el momento en que iba a avisarlo de que, si continuaba, se le iba a partir el fusil, Emmerich me habló en voz baja sobre su hijo, como si no quisiese que Bauer lo escuchase:

—En cualquier sitio nos puede acontecer una desgracia. Y eso le jodería la vida.

—Es verdad; tienes razón. Buscaremos otra solución —murmuré yo.

—Sí —respondió Emmerich, aliviado—, mejor.

—Ya encontraremos algo.

—Me da miedo que no se me ocurra a mí solo.

—Lo pensaremos los tres juntos.

Emmerich miró al cielo, no durante mucho rato, solo lo que tardó, o eso pareció, en reconocer que efectivamente éramos tres. Quizá, en aquel momento, el consuelo de Emmerich residiese en ese dato. En que le íbamos a echar una mano. El mío residía en que no hubiese viento. Y quizá el de Bauer residiese en estar en el pantano, explorando el espesor del hielo por razones que solo él conocía.

Lo llamé. Luego lo llamé más fuerte. Era hora de marcharse. Porque a nosotros, por mucho que pateáramos el suelo, empezaba a costarnos mantener el calor. Bauer regresó por entre los juncos helados. Con cuidado de no romper ni uno. También parecía alegrarse de hacer eso. Bauer tenía más de cuarenta años y, lo que son las cosas, tenía ganas de abrirse paso entre los juncos; eso le arrancaba una sonrisa detrás de la bufanda.

Saltó sobre la carretera y yo, de repente, sin venir a cuento, me arrepentí de no habernos detenido en la ventana iluminada que habíamos visto un rato antes para pedir un poco de leche caliente.

Nos marchamos y, poco después, pregunté por qué no se nos había ocurrido pedir un poco de leche caliente en el pueblo polaco. Ni Bauer ni Emmerich encontraron respuesta. Incluso se hizo un extraño silencio, durante el cual supe que ahora ellos también soñaban con esa leche. Caminaban con ella a cuestas, les pesaba. Casi oía a Bauer hablando consigo mismo, aunque Emmerich estuviese en medio. Emmerich, por su parte, tropezó y se aferró a mi brazo. Su ensueño de leche caliente menguaba el dolor que me provocaba el mío.

En una rotonda nos preguntamos si no sería necesario mirar ya el plano. Pero estaba en el interior del abrigo de Emmerich. Y desabrocharse el abrigo era darse un baño de agua helada. Al final optamos por tomar una carretera rumbo al sur, diciéndonos en broma que allí haría menos frío. Una luz pálida rozaba el cielo, tan lejana e inútil como una moneda bajo tierra, por decir algo.

Aquí y allá había árboles erguidos en los campos. También almiar de heno, bien redonditos y cubiertos por completo de nieve bajo el cielo de aluminio. En primavera nos habíamos encontrado a algunos dentro. No nosotros tres en concreto, pero sabíamos que habían encontrado a algunos. Sin embargo, ese día era inútil meterse en la nieve para ir a buscar dentro. ¿Quién se escondería en un almiar en un día así, con tanto frío? Y un frío que no había comenzado el día anterior.

—¿Y si no encontramos a ninguno? —dijo de repente Bauer.

—¿Qué pasa? —preguntó Emmerich.

Bauer imitó el paso de un viejo, avanzando aún más penosamente que nosotros por la carretera, y dijo:

—¿Hasta dónde vamos a llegar antes de volver? ¿Cuánto tiempo vamos a pasar fuera?

—Esperemos al menos a que sea de noche —respondió Emmerich—. Que parezca que lo hemos intentado.

—Pero si se levanta viento, volvemos antes de que se haga de noche. Qué remedio nos queda —repuse yo.

Bauer masculló que Graaf nos iba a matar. Yo, entre la resignación y la jovialidad, respondí:

—Más despacio que el viento.

El alba quedaba muy atrás. Nos decidimos a hacer aquello para lo que nos había dejado marchar nuestro comandante. Aunque solo fuese por agradecimiento. Sentíamos que estábamos en deuda por habernos escapado del fusilamiento. Así que había llegado la hora de devolver lo que se nos había ofrecido. Pero en el fondo no nos lo creíamos. No pensábamos que fuésemos a encontrar a ninguno. Lo único que nos empujaba a intentarlo era el agradecimiento que sentíamos hacia nuestro comandante.

Graaf no entendía ese tipo de cosas. No sabía que podríamos hacerlo mejor. Él creía que podíamos trabajar como es debido porque tenía la posibilidad de llamarnos en cualquier momento dando golpes sobre la placa de hierro. Solo que a la mínima ocasión hacíamos las cosas del revés, y siempre estábamos buscando una manera de escaquearnos. Él no leía en nuestras miradas: «Danos un poco y te devolveremos mucho». No era tan difícil. Pero, como Graaf no veía nada, tampoco daba nada. Aparte de los golpes en la placa de hierro a la menor ocasión.

Debíamos dirigirnos hacia los bosques, hacia la espesura, que en invierno escondían la única oportunidad para ellos de cruzar y la única para nosotros de encontrarlos. No merecía la pena ir a las casas de los polacos. Ya habíamos encontrado a los pocos que estaban allí escondidos.

Así que teníamos que salirnos de la carretera, seguir caminos de tractor y buscar en el bosque. Allí ya no correríamos el peligro de caer en las roderas congeladas, pero nos hundiríamos en la nieve. Lo que ganábamos en equilibrio íbamos a pagarlo en cansancio.

Así pues, seguimos los senderos. Mirábamos por entre los árboles si atravesaban los bosques. Buscábamos humo. A veces nos acercábamos más a observar alguna huella o algo que nos llamaba la atención entre los árboles y luego volvíamos sobre nuestros pasos. La corteza de nieve cedía. A veces tropezábamos. Es difícil caminar por la nieve.

Llegamos a un cerro, y allí vimos huellas nítidas y marcadas. Podían ser de aquella noche, de la víspera o incluso de antes. Cómo saber desde cuándo llevaban allí. De todos modos, al final tampoco tenía importancia porque llegaban demasiado lejos como para seguirlos. Bajaban hacia una llanura

inmensa, completamente desnuda y blanca hasta el horizonte. Durante un momento intentamos descifrar las huellas, luego las olvidamos.

Pero nos quedamos allí. Era hora de fumar. Nos quitamos los guantes. Y volvimos a empezar el pulso con el frío. Me pareció menos difícil. Le dije a Emmerich y a Bauer que quizá hiciese un poco menos de frío, que tenía la impresión de que habíamos ganado dos o tres grados. Bauer levantó la nariz e hizo un gesto leve con la cabeza para corroborar que quizá fuese verdad.

Nos pusimos de nuevo los guantes y fumamos. No me atreví a mirar a Emmerich. No habíamos avanzado nada con respecto a su problema. Miré a Bauer. Hundido en la nieve hasta las rodillas, se había sentado de espaldas a la llanura sobre la corteza de hielo, que resistía su peso. Parecía estar sentado sobre una silla cuyas patas se hubiesen hundido en el suelo. Emmerich aparentaba estar menos preocupado que hacía un rato. Se había quitado el casco. Su pasamontañas de lana le quedaba tan ajustado que le hacía una cabeza delgadísima. Parecía más viejo. Seguro que yo también le habría parecido más viejo a él si me hubiese quitado el casco.

—Aparte de que se nos hielen las manos, ¿qué peligro corremos aquí? —preguntó Bauer.

Claro, se refería a lo del hijo de Emmerich, a nuestra conversación de un rato antes. Qué idea más extraña retomar aquello, aunque fuese para ayudar a Emmerich, cuyo rostro escruté para ver si estaba de nuevo preocupado por su problema. Luego le hice un gesto a Bauer para decirle que no valía la pena volver a hablar del tema. Me hizo señas de que había comprendido. A continuación, miró a su alrededor. Entonces, refiriéndose a las huellas de animales que corrían en todas direcciones sobre la nieve y se cruzaban, dijo:

—Aquí, por la noche, debe de haber movimiento.

—Yo también tengo movimiento por la noche —murmuró Emmerich, pero con voz tranquila, y hasta con una sonrisa.

—¿Tú corres de noche por la nieve? —preguntó Bauer.

—Pues casi, sí —respondió Emmerich.

Bauer se dio la vuelta, le mostró las huellas humanas que bajaban por la llanura hasta el horizonte y le preguntó:

—Entonces, ¿eres tú quien ha hecho esto?

Y Emmerich, de nuevo con una sonrisa, respondió:

—A lo mejor.

Luego dio para sí unas leves sacudidas de cabeza. Decididamente ese pasamontañas le hacía una cabeza rara. Pero, como había sonreído, perdió un poco el aire de viejo.

Como Emmerich acababa de abordar el asunto, me dejé llevar durante un momento y olvidé que era mejor guardarse los sueños para sí.

—Pues yo anoche estuve en un tranvía —anuncié.

Emmerich y Bauer escrutaron mi rostro. Con la mirada me preguntaron qué les estaba contando.

—Vosotros también. Estábamos los tres —añadí.

—Yo no me acuerdo —dijo Bauer, negando con la cabeza.

Emmerich levantó la vista al cielo y dijo:

—Si pudiese uno irse así como así por la noche, en tranvía, iríamos a comer a algún sitio y volveríamos a dormir al gimnasio.

Bauer, sentado sobre su silla de nieve, preguntó:

—¿Y por qué íbamos a volver al gimnasio?

Emmerich y yo estuvimos de acuerdo con él.

Luego dejamos de hablar.

Yo tenía razón, hacía menos frío. Nos habíamos quitado un guante para terminar el cigarrillo y resultaba menos doloroso que al borde del pantano helado.

En aquel momento daba la impresión de que Emmerich estaba pensando en mi tranvía. No sabía adónde iba a parar con él. Me clavaba la mirada mientras aspiraba el cigarrillo, ya tan consumido que parecía que iba a terminar por tragárselo.

Yo también le daba al mío las caladas tan hondas como podía, mientras miraba a Emmerich como diciéndole que le regalaba mi tranvía a cambio de ir a comer a algún sitio. Pero, por supuesto, él no lo comprendía. Es complicado regalar un tranvía que no existe.

Y aun en ese momento, si hubiese levantado los ojos, quiero decir, si hubiese sido posible mirar a lo lejos, hacia la hermosa primavera de Galizia, habría visto a Emmerich aún más envejecido que con su pasamontañas de aquel día, pegado a la pilastra del puente. Y nosotros, Bauer y yo, no conseguimos hacer casi nada. Nuestro valor residió tan solo en no haber apartado la vista mientras él jadeaba y escupía.

Desamparados, no habíamos tenido el coraje de tocarlo ni de hablarle. Y, cuando Bauer y yo nos levantamos, empezó a caer una tibia lluvia de primavera, y la oíamos repiquetear sobre el tablero del puente, qué manera de llover. Y las dos cortinas grises que la lluvia tendía de cada lado nos encerraban con Emmerich, con su cabeza ya muerta y su rostro desfigurado; yo sabía que había que rezar o algo. Pero Bauer me miraba y yo miraba a Bauer porque ya no nos atrevíamos a mirar a Emmerich ni a toda la sangre

que había escupido, y la lluvia de primavera, que nos caía al lado y por encima, hablaba por nosotros con su estruendo, o eso pensé durante mucho tiempo después para consolarme. Porque aquel día en Galicia era necesario que alguien hubiese hablado.

Volvimos a bajar del cerro donde habíamos fumado. Bauer no dejaba de quejarse, decía que no debería haberse sentado en la nieve, que ahora estaba helado por todas partes. Emmerich le dijo que parase ya, pero con voz ligera, no lo pensaba de veras. Bauer nos chilló al oído que había decidido quejarse hasta la noche. Encontramos una carretera, la seguimos durante un rato: era un alivio no hundirse a cada paso. Visto lo visto, preferíamos las roderas congeladas, aunque fuesen como trampas.

Pero tuvimos que volver a los caminos de tractor que iban de acá para allá entre los bosques completamente nevados.

Un poco antes de mediodía nos detuvimos para coger aliento y descansar. Bauer creyó ver en el cielo que iba a cambiar el tiempo, que al día siguiente iba a hacer más frío. Yo no me lo tomé en serio.

Empezaba a tener hambre. Pero aún no me atrevía a abordar la cuestión. Ninguno se había atrevido a hablar del tema desde que habíamos salido. Me dolía el estómago. A veces, cuando giraba demasiado rápido la cabeza, me mareaba. A Emmerich y Bauer debía de ocurrirles lo mismo.

A doscientos metros, al otro lado del campo, había un bosque blanco de escarcha, muy bonito. Emmerich lo contemplaba desde hacía un rato y, aunque nosotros no veíamos humo y la nieve allí nos parecía lisa y virgen, algo parecía llamar su atención. Entonces, de repente, se internó en el campo y se alejó sin decirnos nada.

—Puedes ir a mear —le dijo Bauer de broma.

Emmerich no prestó atención. Siguió alejándose; a veces la nieve resistía, otras veces cedía, y entonces Emmerich se hundía en ella hasta las rodillas.

—Pero ¿qué le pasa? ¿Adónde va?

Nosotros nos quedamos mirando mientras aguardábamos. Pensábamos que iba a volver. Esperamos mucho rato. Doscientos metros a través de la nieve es mucho. A Emmerich le costaba avanzar. Pero lo hacía, se alejaba, parecía que nos fuera a abandonar. Cuando estaba a punto de alcanzar los confines del bosque, salimos tras él a regañadientes. Bauer refunfuñaba en voz alta, y yo, para mis adentros. Donde la nieve no había cedido todavía, lo hacía bajo el peso de Bauer, que caminaba en primer lugar. De modo que

atravesamos el campo hundidos hasta las rodillas. Nos internamos en el bosque. Caminamos unos diez metros más y alcanzamos a Emmerich.

Estaba agachado ante la entrada de un agujero. Tenía una mano apoyada en la chimenea, que apenas sobresalía del suelo. La habían construido con tuberías de verdad. Alrededor la nieve se había fundido, dibujando un círculo de hojarasca, de agujas de pino y de viejos papeles descoloridos.

Bauer y yo estábamos tan sorprendidos que necesitamos un momento para reaccionar. Contemplamos el descubrimiento de Emmerich en silencio. Luego, dando unas palmadas sobre la tubería, este dijo:

—Mirad esto. No está mal pensado.

—Bueno, un poco sí, porque lo hemos encontrado —repliqué yo.

—Me refiero al concepto, eso es lo que no está mal pensado.

—Ya, el concepto no, pero yo habría excavado al fondo del bosque, más lejos.

Emmerich hizo un gesto de asentimiento. Tiene gracia, pero hablábamos en voz baja.

—¿Cómo te has dado cuenta? —preguntó Bauer, mirando más allá del campo virgen, hacia el camino de donde veníamos—. Desde allí no se veía nada.

—Sí, se veía un poco. Hay menos escarcha en los árboles. Por la temperatura, que va subiendo.

Bauer y yo levantamos la nariz hacia los árboles.

Después esperamos largo rato. Yo miraba la tubería que sobresalía y el círculo de nieve fundida alrededor. El silencio era tan profundo que al inclinarnos sobre la estrecha entrada que había en el suelo quizá podríamos haber oído la respiración del fondo.

Luego llamamos. Una sola vez y no con mucha fuerza. Los agujeros, lo sabíamos, no eran profundos. Nunca tenían galerías. Salió poco después, apoyándose en los codos, lentamente y con torpeza a causa de las capas de ropa que llevaba; la última prenda, la que se veía, era una cazadora de cuello de piel vuelta. Estaba deformada y como hinchada por la cantidad de ropa que había debajo.

Una vez de pie, levantó los brazos. Ni una queja, ni una palabra, no oímos nada. Como si se lo esperase. En su mirada tampoco vimos nada, ni miedo ni desesperación. Apenas se le oía respirar a través del pañuelo. Lo poco que veíamos de él eran sus ojos por debajo del gorro de lana. Estaban sucios y ojerosos, pero no lo bastante como para ocultar la edad. Estaban cansados, pero aún llenos de brillo.

En medio de aquel silencio, que era casi el mismo que había precedido a nuestra llamada, lo mirábamos y sonreíamos, por decirlo de algún modo, tras las bufandas. Habíamos caminado desde el alba sin creer que lo conseguiríamos, y al final la mirada penetrante de Emmerich había acabado por traérnoslo. Observé de nuevo la entrada del agujero y me pregunté qué razones lo habrían conducido a esconderse allí, tan cerca de donde empezaba el bosque, en lugar de más lejos, al fondo. No lo sabríamos nunca porque no veía la manera de preguntárselo con gestos, ni de que él pudiera responderme.

Le hice señas para que bajase los brazos. Bauer, señalándole la entrada del agujero, le preguntó, utilizando las manos, si había más. Él nos respondió que no con la cabeza y no albergamos ninguna sospecha, lo creímos.

Un batir de alas nos hizo volver la cabeza a todos, incluso al judío. De los árboles cayó escarcha mientras que una forma gris se escabullía entre las ramas y desaparecía. Bauer dijo:

—Llevaba todo el rato ahí, desde que llegamos.

—Nosotros también deberíamos irnos —añadió Emmerich.

Yo, que hasta entonces había estado agazapado ante el agujero, me enderecé. Volví a sentir el frío en la espalda y las piernas; lo había olvidado. El judío dio un paso atrás para dejarme sitio. Estaba tan cerca de él que distinguí el copo de nieve que llevaba bordado en el gorro. Aparté la mirada y encabecé la marcha hacia la linde del bosque. No sabía si Bauer y Emmerich habían visto el copo. No tenía ganas de que, al verlo, comenzaran a tenerme pena o se preocupasen por mí.

Un día, una sola vez, les había hablado de mi punto débil, no para quejarme, sino simplemente por contarle. Para aliviarme un poco del peso que me suponía, y de lo hecho polvo que me dejaba ver ese tipo de cosas en la ropa, como el copo de nieve bordado de ese día.

Volvimos a cruzar el bosque. Una vez en el camino, Bauer y yo miramos hacia atrás. No saltaba a la vista, la diferencia era escasa, pero era verdad que había menos escarcha en aquellos árboles, en perpendicular al agujero.

Durante ese rato, Emmerich había sacado el plano del interior de su abrigo. Lo extendió sobre la nieve. Nos pusimos a mirar la posición del sol en el cielo. Pero a aquella hora no se diferenciaba el este del oeste. Lo atisbábamos vagamente detrás de las nubes. Le dimos la vuelta al plano para hacer coincidir los puntos cardinales y colocarnos de cara al norte.

Resultaba difícil comprender dónde estábamos. Bauer buscó el pantano helado en el plano. Pensaba que a partir de allí podríamos saberlo. Le dije con sorna: «Sí, claro, seguro que aparece». Pero él de todos modos siguió buscándolo. Por casualidad, reconocimos la rotonda donde, entre bromas, habíamos decidido dirigirnos al sur. Comenzábamos a comprender dónde estábamos y que, si seguíamos nuestro camino, acabaríamos dando una vuelta completa. Regresaríamos a la rotonda más rápido que volviendo sobre nuestros pasos.

Emmerich dobló de nuevo el plano, se lo guardó en el bolsillo, se abrochó el abrigo y nos marchamos.

El judío caminaba delante, siguiendo unas huellas viejas que se habían congelado. Llevaba unas manoplas de piel mejores que nuestros guantes. Calculé el espesor del forro y me imaginé hasta qué punto debían de dar calor. Solo entonces me di cuenta de que llevaba los brazos levantados. Le dije que podía bajarlos. Comprendió que me dirigía a él, pero no entendió de qué se trataba. Se dio la vuelta y abrió unos ojos como platos. Con las dos manos le hice señas de que podía bajar los brazos y esta vez sí lo comprendió.

Ya no podíamos matarlos en el mismo momento y lugar en que los encontrábamos. A no ser que hubiese un oficial presente para dar fe. Ahora teníamos que llevárnoslos. Porque alguna vez, en la compañía, algunos habían vuelto diciendo que habían matado a uno. Pero después, tras las preguntas del lugarteniente Graaf, resultaba que, en realidad, o no habían encontrado a nadie, o habían encontrado a alguno y lo habían dejado huir en el bosque porque los había abandonado el valor. Como nosotros ese día; Emmerich,

Bauer y yo, sin la mirada penetrante de Emmerich, podíamos haber vuelto a la compañía al caer la noche y jurar por nuestra vida lo que nos hubiese dado la gana. Que habíamos fusilado a dos, por ejemplo. Cómo iban a saber si decíamos la verdad. De modo que nuestro comandante se había visto obligado a establecer que ya no podía hacerse como antes. Por eso ahora teníamos que llevárnoslos.

El camino desembocaba en una carretera, como suponíamos. Allí comenzamos a dar la vuelta completa y emprendimos nuestro verdadero regreso. Sabía que íbamos a ganar tiempo, pero de todos modos se tardaba mucho. Tenía hasta las venas congeladas y un hambre... Madre mía, qué hambre tenía ya. Estábamos pagando lo que habíamos hecho aquella mañana: salir al alba antes de los primeros fusilamientos para no cruzarnos con Graaf. No habíamos visto al lugarteniente, cierto, pero tampoco al cocinero. No tenía los hornillos encendidos. Estaba aún dormido. Y cómo comernos lo poco que llevábamos encima, las rebanadas de pan, si debían de estar congeladas. La sémola de los italianos lo mismo, sería igual que comer arena.

Bauer y Emmerich caminaban delante de mí. El judío parecía avanzar más rápido. La distancia entre él y nosotros se acrecentaba.

Di unas cuantas zancadas grandes para acercarme a Emmerich y a Bauer y les pregunté:

—Si echa a correr, ¿quién le dispara?

—Nadie; corremos para alcanzarlo —respondió Emmerich.

—No, este correrá más rápido que nosotros. Estoy seguro —objeté yo.

—Pues entonces ya veremos —dijo Emmerich.

No sé por qué, por nada, o quizá a causa del hambre, del cansancio y de la sensación de inseguridad que ambos me provocaban, pero insistí, y oí que mi voz sonaba dura y angustiada:

—Preferiría saberlo ahora. ¿Quién dispara?

Entonces Bauer me respondió, también con voz dura:

—Uno más, uno menos, ¿qué más da?

Daba igual, lo sabíamos. Pero no era eso lo que yo les preguntaba. Así que continué:

—¿Quién lo hace?

Emmerich no decía nada. Bauer me echó una mirada y dijo destempladamente:

—¿Y eso qué más da también? Lo haré yo.

Y se puso a gritarle al judío, que se había detenido y nos observaba de lejos. Bauer le mostró la distancia que mediaba entre él y nosotros, luego

sacudió el aire con la mano. El judío esperó un poco a que lo alcanzásemos y se puso de nuevo en marcha. Bauer rezongó algo para sus adentros. De repente todo se disipó, me dio igual saber quién lo haría. Aquel extraño sentimiento que experimentaba se había desvanecido, porque se lo había trasladado a Bauer. Para apaciguarlo, dije:

—Yo también puedo hacerlo. Solo quería que lo decidiésemos de una vez por todas.

—Lo haré yo. Me da igual —musitó Bauer entre dientes.

Qué rápido iba todo; en ese momento sentí cierto resquemor. Bauer estaba ceñudo y triste. Intenté arreglarlo, torpemente, pero era ya demasiado tarde.

—De todos modos, me extrañaría mucho que se escapase —dije.

Bauer me echó una mirada. Mejor sería que me callase.

La casa apareció tras una hilera de árboles. No fue necesario hablar del asunto. La decisión estaba escrita en nuestras tripas y en el cielo helado. Pensábamos pedir leche caliente, café, pan o lo que fuese, sentarnos y esperar una hora al calorcito, mientras fumábamos sin parar. Pero al acercarnos, aún a más de más de cien metros, ya sabíamos que no íbamos a pedir nada.

Desde fuera se trataba de una sucia casucha polaca. Si estuviese uno solo daría miedo. Uno solo no se pararía. Sentiría inquietud. Había tal cantidad de hielo y nieve sobre el tejado que parecía que la casa iba a hundirse en la tierra. Las contraventanas de planchas negras estaban cerradas. Había un canalón colgando. La cal de entre las piedras se desmigajaba. La puerta no se mantenía recta, faltaba un gozne. Estaba cerrada con llave. Emmerich tardó varios minutos en romper la cerradura. Golpeaba con todas sus fuerzas. La parte trasera de la culata levantaba un ruido como de madera podrida. Lo habríamos ayudado con gusto, pero se notaba que quería hacerlo solo.

La cerradura cedió. Entramos todos, el judío primero. ¡Qué casa! Dentro también era invierno. Estaba oscuro, reinaba la penumbra a pesar de que habíamos dejado la puerta abierta. Casi se sentía uno mejor fuera. Emmerich volvió a salir, como si escapase de allí. Arremetió contra las contraventanas. Se oyeron de nuevo los repetidos golpes de la culata, luego el ruido de cuando se arranca algo, y después entró la luz, ahuyentando un poco la oscuridad. Cuando volvió, Emmerich nos preguntó, jadeando de tanto golpear:

—¿Qué tal?

—Se está mejor así —contestamos.

Pero cuando cerró la puerta, perdimos de nuevo la claridad que habíamos ganado al romper las contraventanas. La ventana era entonces el único punto de luz, no conseguiríamos nada más. Total, para lo que había que ver, ya bastaba.

Había además una pequeña despensa de paredes encaladas y sin ventilación. Encerré al judío en su interior. En ese momento me di cuenta de que olía como un animal. Solo habíamos atrapado a uno, pero olía como diez. Lo de que lo encerré es una forma de hablar, pues era imposible encajar del

todo la puerta. Se acurrucó contra el muro trasero, en una esquina. Cruzó los brazos y miró al suelo.

Por primera vez durante el día me deshice de mi fusil. Lo coloqué contra el muro, al lado de los de Emmerich y Bauer.

La luz, al final, se la crea uno mismo. Ya veíamos bastante bien. Nuestros ojos se apañaron con lo que había. El techo era bajo. En él se distinguía una trampilla que daba a la planta de arriba, pero no había escalera. Las paredes, como las de la despensa, estaban encaladas, pero más sucias, cubiertas de manchas de hollín y humedad. El mobiliario era escaso: una mesa grande, un banco, dos sillas y una estantería que habían vaciado. Se habían llevado todo lo portátil.

En uno de los muros había una cocina como nunca antes había visto: era alta y ancha, de esmalte azul. Bauer abrió la parte de arriba. Miramos en su interior. El hogar era profundo, un verdadero vientre. ¡Qué cantidad de troncos podían meterse allí! En el frontal había una gran pantalla de mica. Estaba cubierta de hollín, pero, al encender el hogar, con las llamas, volvería a la vida seguro.

Deliberamos. ¿Cuánto tiempo haría falta para que entrásemos en calor? ¿Deberíamos fumar antes de empezar con el fuego o sería mejor comer primero? ¿En qué orden lo hacíamos?

Seguíamos helados y el pan también. Nos haría falta mucho valor y unos buenos dientes para comernos el pan con lo duro que estaba. Y luego teníamos la sémola de maíz que nos habían dado los italianos. Aunque no nos quedase mucho, apenas un poco en el fondo de la bolsita, y aunque tardaba mucho en cocer, siempre era un milagro verla hincharse y apreciar lo nutritiva que resultaba.

Bueno, pues ya estaba todo dicho; todo iría mejor cuando hiciese más calor. Nada mejor que fumar y comer delante de la cocina, ¿no? Fumaríamos mientras esperábamos que el pan se descongelase y la sémola se cociese. Solo que, claro, si es que quedaba madera, estaría fuera, bajo la nieve, a saber dónde. Se haría de noche antes de que la encontrásemos.

Emmerich no esperó. Cogió una silla. La levantó por los aires y la rompió estrellándola de un golpe sobre el suelo de cemento. Tomó un trozo y lo talló con su cuchillo. Separó varias virutas, teniendo cuidado de que no se desprendiesen del todo. Serían necesarias para que el trozo prendiese. Entonces Bauer sacó su cuchillo y empezó a tallar otro pedazo de la silla.

Me puse a buscar por todas partes una cacerola. Si no, siempre nos quedarían nuestros cacillos de aluminio. Pero para la sémola era más práctica

una cacerola. Mientras buscaba, vi al judío en la despensa, a través de la puerta entreabierta. Se había sentado sobre los talones. Se agarraba las piernas y miraba ante él. Con tantas capas de ropa, parecía un saco redondo. El gorro de lana se le subía por la frente.

Por fin encontré una cacerola detrás de la cocina. Estaba sucia y ennegrecida. Probablemente la usaran para vaciar la ceniza. Los que vivieran allí se lo habían llevado todo, todo menos esa cacerola. ¿Qué habrían podido hacer con ella? Al mirarla bien, estuve seguro de que siempre había servido para vaciar el hogar. Se la enseñé a Bauer y a Emmerich. Les dije: «Daos prisa», y salí a buscar nieve.

Me alejé de la casa. Buscaba nieve de la buena, que no tuviese ni una huella, que nadie antes que nosotros hubiese pisado desde hacía mucho.

Veía tanta nieve en el cielo gris y blanco como abajo. Pero hacía tanto frío que no llegaba a nevar. Esa nieve habría sido la mejor para fundir. No había ni rastro de suciedad en ella. Pero a ver cómo la cogía.

Bordeé una empalizada más alta que yo. Quizá hubiese un huerto detrás o a lo mejor ya estaba pisoteándolo. El viento había empujado la nieve contra ella. Había tanta y estaba tan alta que pude usarla y lavar la cacerola sin agacharme. Al mismo tiempo miraba en dirección a la casa. Tenía la esperanza de ver salir humo. Me hubiese gustado ver fuego en la cocina al volver. Tiré la nieve sucia y volví a empezar. Lo hice varias veces hasta que la nieve que desechaba estaba más o menos limpia. Miré de nuevo hacia la casa. Aún no salía nada de la chimenea. ¡Debían de estar aún haciendo virutas! Querrían estar seguros de que el fuego prendía a la primera.

Acabé de bordear la empalizada. Quería ir aún más lejos a coger la nieve que serviría para la sopa. Tenía el guante mojado de tanto frotarlo. Al poco se congelaría y mi mano también.

Doblé la esquina de la empalizada y lo vi, con el fusil a la espalda, dirigiéndose hacia mí. El polaco se detuvo, yo también. Vacilé un momento, pero no tenía miedo. De haber sido necesaria una comparación entre nosotros, habría dicho que mi uniforme valía lo que su fusil. Solo le veía los ojos, lo demás estaba escondido. Aquellos ojos no se apartaban de mí. Lo acompañaba su perro, que en ese momento venía hacia mí, a saltos. Se hundía en la nieve hasta el pecho y, de un empujón, volvía a salir; ¿cómo lo haría? Era como si algo lo empujase por debajo. El polaco silbó y el perro se detuvo. Levantó hacia mí su cabeza canina, más bien simpática. Me fijé en los pequeños cascabeles de nieve helada que le colgaban del cuello. Eran tan redondos y estaban tan bien hechos que se podría pensar que los habían fabricado para adornar su collar. El hombre volvió a silbar. El perro, de nuevo, no sé cómo, salió de la nieve y fue hasta él; cuando estuvo junto a su amo, este me dio la espalda y se largó por donde había venido.

Esperé a que se alejasen y recogí la nieve para la sopa. Puse un poco, la apreté bien y puse más. La nieve ocupa mucho espacio. Hace falta mucha cantidad para que salga agua suficiente. Por experiencia sabíamos que para conseguir un volumen determinado de agua nos hacía falta cinco veces el mismo volumen de nieve, nada más y nada menos.

Me tomé mi tiempo. El mismo que le daba a Emmerich y a Bauer para terminar las virutas y meterlo todo en la cocina. Seguía albergando la esperanza de ver que salía humo de la casa antes de volver. Pero cuando me di la vuelta, no vi nada. Si estaban esperándome para encender el fuego, no entendía por qué. Me di prisa en volver a la casa y di unas cuantas voces por pura formalidad.

Cuando llegué, la puerta se abrió y Emmerich y Bauer salieron huyendo como si hubiesen visto al mismísimo diablo. Era el humo lo que los ahuyentaba. Se escapaba por la entrada y subía por el muro exterior, denso como una ola.

—Es la nieve, se ha almacenado ahí arriba —dijo Emmerich con ojos llorosos. Retrocedió para intentar distinguir la parte superior de la chimenea y añadió:

—No, no es la nieve.

—¿Qué es entonces? —preguntó Bauer.

—No tengo ni idea. Habrá que subir a ver —respondió de mal humor.

—Pues ve.

Emmerich escupió en el suelo por el humo que había tragado y exclamó:

—¡Sí, hombre, y qué más!

Se me pasó de repente por la cabeza que la gente de la casa, al marcharse, hubiese cegado la chimenea, quiero decir para siempre, con cemento. No sería la primera vez. Entonces qué nos quedaría, hacer un agujero en el techo, o bien marcharnos. Estaba claro: nos iríamos, no teníamos fuerza para llevar a cabo un trabajo así.

—¿Y el judío? —pregunté—. ¿Qué hacemos con él?

—Esperemos a que se ventile esto un poco —respondió Bauer.

Pero seguía saliendo mucho humo. ¡Qué cantidad de humo por una única silla!

—Pues como esperemos demasiado va a morir ahí dentro —afirmé yo.

—Ve a buscarlo —ordenó Bauer.

Emmerich me indicó lo mismo con la mano. Consideraban, ya que ellos ya habían tragado su parte de humo, que me tocaba ir a mí. Así que fui. Entré y, mientras vaciaba la cacerola de nieve en el interior de la cocina, llamé al

judío. Pero no sabía si me oía ni lo que estaría haciendo. Con tanto humo, no veía la puerta de la despensa. Cuando volví a salir, me lloraban los ojos.

Al cabo de un momento, la nieve se fundió en la cocina y apagó el fuego. De la casa salía vapor de agua. Volví a entrar. La puerta de la despensa estaba completamente cerrada. El judío había tenido la fuerza necesaria como para tirar de ella y encajarla del todo. Yo tuve que emplear todas mis energías para abrirla. Estaba al fondo de la despensa, acurrucado en una esquina. También allí había humo, pero menos, era soportable. Se había quitado una de las manoplas y respiraba a través de ella. Levantó la cabeza hacia mí. Le hice un gesto. Se incorporó y salió.

Emmerich y Bauer, por su parte, acababan de entrar y estaban pegados a la cocina. Aún costaba respirar. Pero se estaba mejor allí que fuera. Aunque había ardido muy poco, el esmalte se había templado y la temperatura había subido, no mucho, uno o dos grados, pero ya se notaba la diferencia.

Detrás de nosotros, el judío se puso a toser. No podía parar. Bauer lo acompañó al exterior, mientras que Emmerich y yo empezábamos a vaciar el hogar. Arrojamamos fuera los trozos de silla que seguían consumiéndose. Luego inspeccionamos el interior de la chimenea. Teníamos la esperanza de que la salida estuviese atascada allí, al alcance de la mano. Sin embargo todo parecía estar bien, yo conseguí pasar un brazo. Así que el humo también podía pasar.

Hubo que ir a mirar más arriba. Emmerich me ayudó a trepar a la cocina.

—¡Reza por que sea aquí!

Cerró los ojos. Se diría que estaba rezando de verdad. Di unos golpes con el talón en el refuerzo del tubo. El tiempo y el hollín lo habían adherido a la cocina. Si no, es que habían echado cemento. Di unos golpes más fuertes y el refuerzo comenzó a moverse. Me agaché, lo cogí y lo hice girar sobre sí mismo para levantarlo luego de un golpe. A continuación, lo solté y, al apartarme, asustado, por poco me caigo de la cocina. Emmerich me sujetó y nos miramos. Estaba como yo, contento de haber descubierto el problema, pero también asqueado y estupefacto. Entre todas las cosas que era posible encontrar allí, ¿habríamos podido adivinar aquello? Un gato muerto, cabeza abajo; eso era lo que atascaba la cocina. Durante un momento aquello fue un misterio. Después lo comprendimos. Había debido de resbalar de cabeza desde lo alto del tejado.

Salté al suelo desde la cocina y le dije a Emmerich:

—Cógelo y ve a tirarlo fuera.

Hizo una mueca detrás de su bufanda. Estábamos helados y teníamos hambre, pero nos daba miedo un gato más seco que la mojama.

—¡Venga ya, Emmerich! —le dije, tanto para él como para mí.

Me clavó la mirada, callado. Luego, de repente, sonrió detrás de la bufanda y dijo:

—Ve tú, yo he rezado.

Sus ojos también me sonreían. Sus ojeras se me antojaron menos grises y menos anchas. Eso era lo que se echaba de menos allí: las bromas. En señal de agradecimiento, cogí al gato con una sola mano. Estaba duro y seco como la madera, a pesar de que el pelaje todavía era sedoso. Daba una impresión extraña y desagradable, aun a través del guante. Salí y lo arrojé lejos, hacia un lateral de la casa, sin esperar a enseñárselo a Bauer.

Mientras tanto, el judío estaba sentado en la nieve, frotándose los ojos. Tenía las manoplas colocadas sobre las piernas. Justo al lado, de espaldas a él, Bauer contemplaba el cielo.

—Bauer, lo hemos encontrado —le dije.

—¿Qué era?

—Un gato.

—¡Un gato!

—Sí. Ya verás, vamos a comer caliente.

Bauer asintió mirando al cielo. El judío siguió frotándose los ojos. Yo me agaché y recogí los trozos de silla medio consumidos que habíamos tirado antes.

Bauer estaba sentado en el banco. El judío había vuelto a la despensa. Emmerich y yo nos ocupábamos del fuego. Pero la madera de la silla se había endurecido al arder, resultaba imposible tallar virutas en ella. Salí y recogí la contraventana que había roto Emmerich para que entrase luz. La hice trocitos, y con aquella madera fue más fácil.

En cuanto el fuego comenzó a prender en la cocina y las llamas bailaron tras la pantalla de mica, regresé al exterior con la cacerola, donde había ido la primera vez. Apreté bien la nieve en su interior, volví a meter más y volví a apretar. Distinguí las huellas del polaco y el perro. Se alejaban bastante, ¿quién sabe adónde irían? Yo seguí mirando a lo lejos. La tierra estaba blanca. No hacía mucho era amarilla. Todo estaba cubierto de girasoles.

Me di la vuelta; salía humo de la chimenea. Era bonito de ver. Si a aquello le añadíamos el hecho de haber escapado de los fusilamientos, y que no había soplado viento desde por la mañana, aquel día podía señalarse con una piedra blanca, sin exagerar.

También pondría de inmediato otra piedra blanca para señalar la mirada penetrante de Emmerich, porque al día siguiente seguro que volvíamos a librarnos de los fusilamientos, si es que había. Llevar a uno nos daría derecho a volver a salir. Nadie nos pondría mala cara. Ni siquiera Graaf tendría qué replicar. Al día siguiente por la mañana podríamos cruzármolo sin apartar la vista. Incluso podríamos esperar a que abriese la cocina para comernos nuestra ración, no como esa mañana. Al día siguiente podríamos hacer todo eso.

Me mareaba de hambre y estaba dolorido de frío, pero en aquel momento pensaba que aquel día iba a acabar siendo mejor que mi sueño del tranvía. Regresé a la casa con la moral alta y, cuando entré, subió más todavía: la temperatura pasaba de cero, el ambiente estaba templado. Emmerich y Bauer habían dejado el casco en la mesa. Estaban desenrollándose la bufanda y quitándose el pasamontañas. Puse la cacerola en la cocina e hice lo mismo que ellos. Por fin se me oxigenaba la cabeza. Me froté las mejillas, la nuca, las orejas. La sangre volvió a circular. Colgamos las bufandas y los pasamontañas de la barra que rodeaba la cocina.

Luego colocamos las rebanadas de pan helado en el borde, para que se descongelasen sin quemarse. A continuación, movimos el banco frente a la cocina. Emmerich y yo nos sentamos. Bauer se quedó de pie, observándonos. Daba la impresión de que nos vigilaba.

—¿Qué pasa, Bauer? —pregunté.

Esbozó una levísima sonrisa. El pasamontañas le había dejado marcas azules en las mejillas. Simuló mirar a otra parte. No insistí; si tenía algo entre ceja y ceja, pronto nos enteraríamos.

Según el orden que habíamos establecido hacía un rato, era el momento de fumar. Habíamos tenido razón al esperar. Era el mejor cigarrillo desde la mañana. Ya no llevábamos guantes y no teníamos prisa, el frío había quedado fuera. Y gracias al olor a madera ardiendo, tenía buen sabor, a pesar de tener el estómago vacío.

Me levanté para ver por dónde iba la nieve en la cacerola. Comenzaba a agolparse y a volverse transparente. Sin embargo algo me inquietaba: la contraventana ardía rápido. ¡Con qué alegría crepitaba tras la pantalla de mica! Para descongelar el pan habría bastante, pero no para la sopa de sémola. El banco donde estábamos sentados Emmerich y yo iba a acabar en la cocina, seguro. Pero esperé y no dije nada todavía. Quería acabarme el cigarrillo tranquilo, hasta el final. Bauer seguía observándonos, fumando con cara larga. Le pregunté sin mirarlo:

—¿Qué quieres, Bauer?

De repente, murmuró con voz misteriosa:

—¿Quién es el mejor de nosotros tres?

Al principio nos quedamos en suspenso, sin decir nada. Después Emmerich preguntó:

—¿En qué sentido? ¿Por qué?

—Es verdad, Bauer, ¿en qué sentido? —convine yo con rapidez.

Bauer no respondió y yo añadí:

—Si te refieres a quién tiene mejor carácter, has perdido.

Bauer permaneció impasible. Siguió jugando con su pregunta misteriosa. Fingía esperar una respuesta que era imposible que le ofreciésemos. Y nosotros, Emmerich y yo, solo teníamos que aguardar. Ya llegaría. Durante ese momento de silencio, el judío tosió en la despensa. Ya había tosido un rato antes, pero extrañamente, en la casa tibia, tuvimos la impresión de oírlo por primera vez.

El cigarrillo se terminaba. Una o dos caladas más. De este nos acordaríamos.

De repente Emmerich interpeló a Bauer:

—Si quieres saber quién es el mejor, es porque crees que eres tú.

—Ya se verá —respondió.

Bauer chasqueó la lengua. Nosotros lo mirábamos.

De repente sacó de un bolsillo de su abrigo una cebolla y del otro un trozo de manteca. Ahora lo mirábamos con los ojos como platos. La cosa no acababa ahí. Del bolsillo interior de su abrigo sacó la mitad de un salchichón, que colocó como a cámara lenta en el banco, entre Emmerich y yo. Y no uno de esos de hígado, blandos y asquerosos, no. Un salchichón de verdad.

—Continúa —lo animé.

—Se acabó —respondió Bauer.

—¿Y las patatas?

Lo dije de broma. Bauer respondió, siguiéndome la gracia:

—No he encontrado.

Y luego añadió, muy serio:

—Pero ya veréis vosotros qué sopa.

Anda que si íbamos a ver. Ya nos llegaba el olor del salchichón, que nos hacía cosquillas entre la mandíbula superior y las orejas, por donde fluía la saliva.

Pero por felices que fuésemos, y por mucho que Emmerich y yo ya estuviésemos salivando, no nos pillaba por completo de sorpresa. No se trataba de un salchichón inesperado y bendito que caía del cielo porque sí.

Porque Bauer, a pesar de rebasar ya los cuarenta, robaba mucho, se dejaba llevar y hacía cosas raras. Le quedaban rasgos así que Emmerich y yo habíamos perdido. Sin duda porque Emmerich era padre de familia, y yo, porque así es la vida. Ni Emmerich ni yo habríamos ido jamás a ver si el pantano estaba helado hasta el fondo, ni lo habríamos golpeado con la culata. A veces nos irritaba lo que pasaba por la cabeza de Bauer, nos daba un poco de miedo. Nos daba miedo que al mismo tiempo que él, lo pagáramos también nosotros.

Y como nos daba miedo, sucedía.

Cuando un día le dijo a Kropp, el cocinero, que le estaba echando la bronca por algo que había robado: «¡Que te den! ¡Si lo has robado tú!», las consecuencias habían recaído sobre Emmerich y sobre mí además de sobre Bauer, como si hubiésemos sido sus cómplices. Y mira que Bauer sabía que con Kropp había que andarse con pies de plomo.

Kropp era susceptible. No era malo, pero sí solitario y susceptible como él solo. En la primera matanza, dijo: «Yo eso no lo hago». Salió del claro donde

se llevaba a cabo, volvió cerca de los camiones y dijo: «Dadme otra cosa que hacer. Traigo la bebida, traigo la comida, lavo los camiones, lo que queráis, me da igual, pero yo eso no lo hago».

Aquel día todo el mundo se había ensuciado las manos, todos habíamos sufrido, menos él. Así que todo el mundo se le echó encima. Ese día escuchó de todo: palabras de odio, de desprecio, de todos los colores. Algunos lo habrían golpeado. Estuvieron a punto. Graaf quiso matarlo. Y lo habría hecho. Pero llegó el comandante. Kropp le preguntó: «¿Quién pagará por esto?». El comandante no respondió pero, comprensivo y conciliador, lo envió a la cocina a sustituir al verdadero cocinero, que padecía ictericia. Así que Kropp se libró y se quedó de cocinero; desde entonces hubo que dejar de hostigarlo, sobre todo dado que a partir de ese día era él quien nos servía en los platos y los cacillos. Pues hay muchas maneras de llenar los cucharones y de medir el salchichón y el pan. Tantas como uno quiera.

Así que ya veis, a veces habríamos estado de lo más a gusto sin las ideas de Bauer, pero aquel día no íbamos a hacerle ascos al salchichón que había robado, estaba claro. Y también era una excusa para hablar de Kropp.

Salvo que todo eso, las cebollas, la manteca, el salchichón y la sémola de maíz, que tarda mucho en cocer, no hizo más que acrecentar mi inquietud por la madera.

Me levanté y le eché un ojo a la nieve de la cacerola. Casi se había fundido. Pronto sería agua, pero apenas tibia. Metí en el hogar lo que quedaba de la contraventana y anuncié:

—No tendremos bastante madera.

—Haría falta carbón. Eso no han podido llevárselo —replicó Emmerich.

Si había, estaba en la despensa. ¿Era posible que no lo hubiese visto? No lo creía, pero volví. Tiré de la puerta. Me asaltaron el aire helado y el hedor. El judío, sentado sobre sus talones, irguió la cabeza y me miró. Se le había subido el gorro de lana, dejando al descubierto las orejas. Empecé a odiar el copo de nieve que llevaba bordado. Sobre todo porque se me había olvidado. Aparté la mirada e inspeccioné todos los recovecos de la despensa, rascando con el pie, levantando bolsas y periódicos. Debajo había tierra helada. Y ni una pizca de carbón, ni rastro.

—Aquí dentro no hay nada —exclamé.

—¿Y fuera, detrás de la casa? —preguntó Emmerich.

—Fuera imposible —respondí yo.

Salí, y, mientras intentaba encajar la puerta para dejar de ver el gorro, Emmerich me dijo:

—Deja abierto un poco.

—¿Para qué? —pregunté, aunque lo sabía.

—Se va a congelar —me respondió Emmerich—. ¿De qué nos serviría entonces?

—No se va a helar más ahí que en su madriguera.

—Deja un poco abierto de todos modos.

El judío me observaba. Sabía que estábamos hablando de él. Salí y dejé la puerta entreabierta.

Después contamos la madera. Quedaban: una silla, el banco, la estantería y la mesa. Sin embargo, sentíamos como un remordimiento ante la probabilidad de que todo acabase allí. Bauer nos mostró la trampilla que llevaba al altillo.

—Vamos a ver arriba, ¿por qué no?

Colocamos la mesa en vertical y pusimos la silla encima. ¿Quién se subía ahora? No estaba muy alto, pero había que alzarse con los codos, levantar hasta allí arriba todo el peso. Por suerte Emmerich se había quitado ya el abrigo. Trepó a la mesa, luego a la silla, y conforme iba poniéndose en pie subió la trampilla. Pesaba mucho. Hizo un ruido terrible al caer sobre el suelo del altillo; todo tembló y un polvo negro nos cayó encima. Emmerich se apoyó en los codos y se alzó empujando con todas sus fuerzas, gruñendo, gimiendo. Entonces, para ayudarlo, Bauer y yo le cogimos cada uno de una pierna y lo empujamos hacia arriba. Consiguió poner una rodilla, luego la otra, volvió a gemir y de repente se encontró en el altillo. Recuperó el resuello, se agachó, nos miró desde arriba y se estremeció.

—Aquí todavía se congela uno.

—Pues date prisa —le dijo Bauer.

Emmerich miró en derredor.

—Está completamente a oscuras —explicó.

—¿Quieres tu fusil? —le preguntó Bauer.

Emmerich sonrió un poco, hizo una pequeña mueca, se irguió y desapareció en la penumbra.

Mientras tanto Bauer se sentó en la mesa y yo en el banco, de espaldas a la cocina. Oíamos a Emmerich andando por el altillo. Intentábamos adivinar dónde estaba. Bauer levantó la cabeza y exclamó:

—¡Vamos! ¡Aguanta!

Emmerich respondió algo vagamente.

—¡Piensa en el salchichón! —exclamó Bauer.

—No pienso en nada. Ni veo nada tampoco.

—¡Enciende el mechero!

—Ya, menos mal que me lo has dicho, ¿eh?

—Si no encuentra madera, podemos coger la trampa —le dije a Bauer.

Entonces Bauer gritó de inmediato, estupefacto, aplaudiendo:

—¡Vuelve, se nos ha ocurrido una idea!

Emmerich reapareció por encima de la abertura. Se puso de cuclillas en el borde.

—Un colchón y manzanas podridas, las he pisado. Pero nada de madera. ¿Vosotros?

—La trampa —le dijo Bauer.

Emmerich sacudió la cabeza.

—¡Anda, claro! ¡No hacía falta que fuera hasta el fondo!

—Venga, inténtalo. Tira.

Emmerich la cogió, la levantó e intentó torcer los goznes, que se resistieron.

—¡Sube a ayudarme! Yo solo no puedo.

Bauer se subió a la mesa, luego a la silla, y tiraron los dos, entre maldiciones y gritos animales. Me levanté para ayudarlos. Pero en ese momento cedió la trampa. Bauer la tiró al suelo. Casi me da. Crujió un poco sobre el suelo de cemento y se agrietó. Mientras Bauer ayudaba después a Emmerich a bajar de allí, yo me encargaba de ella. Pero era pesada, gruesa y muy sólida aún. Me costaba hacerla trozos. En el fondo así era mejor, aguantaría más en el fuego. Acabé por partirla a base de golpes y formé un reconfortante montoncito junto a la cocina.

La nieve se había fundido en la cacerola. El agua comenzaba a humear. Haría falta más nieve. Les pedí a Bauer y Emmerich sus cacillos de aluminio, cogí mi bufanda, que ahora estaba caliente, y volví a salir. El frío me golpeó como un martillazo. También el cielo. Era como si hubiese bajado un poco, estaba todo gris y blanco. Y todo se mezclaba, la tierra, el cielo. Al mirarlos, no podía uno aferrarse ni arriba ni abajo. De nuevo, mientras apretaba la nieve en los cacillos, me pregunté cómo habíamos podido ver tantos girasoles allí un día, y no tan lejano. Había estado tan lleno, tan cubierto, que por algún sitio debía de correr aceite en abundancia. Nos habría venido bien un poco para la sopa. En lugar de ello teníamos manteca, basta, nada limpia. Aunque aquel día iba a ser como el oro, de todos modos. Aquel día, no sería el aceite lo que al final echaríamos de menos, sino el amarillo luminoso de los girasoles.

No me había puesto los guantes. Apretaba la nieve en los cacillos y me dolían tanto los dedos que el último, el mío, me conformé con llenarlo de nieve, con un solo movimiento, sin apretarla. Regresé deprisa a la casa. Sin el pasamontañas ni el casco, el silencio era una piedra cortante.

La nieve que había llevado en los cacillos se había fundido. La cacerola estaba llena hasta algo más de la mitad. El agua humeaba de nuevo. Esa vez ya estaba a punto. Emmerich y yo en el banco, Bauer de pie ante la cocina. Cortó la cebolla en cuatro y la echó en la cacerola. La manteca la echó entera. Luego echó la sémola de maíz. Solo había que esperar. Miraba el salchichón, que seguía sobre el banco, entre Emmerich y yo. Bauer no lo había olvidado, también pensaba en él, tomándose mucho tiempo. De modo que pregunté:

—¿Y el salchichón?

Bauer vaciló.

—¿Qué hacemos? —preguntó, pensativo—. ¿Nos lo comemos o esperamos?

Emmerich y yo también nos quedamos pensativos. Al cabo de un rato, pregunté:

—¿Está helado?

—No —respondió Bauer—, lo llevaba bien apretado contra mí.

Pero volvió a cogerlo del banco para cerciorarse. Lo palpó y lo olió.

—Está bueno —dijo—. ¿Qué hacemos?

—¿Por qué no se lo echamos también a la sopa? —sugirió Emmerich.

—¿Entero? —objetó Bauer.

—¿Por qué no?

La verdad es que estaba harto de esperar, necesitaba comer algo.

—O lo cortamos. Comemos un poco y el resto se lo echamos a la sopa —sugerí.

La decisión recaía en Bauer. Era él quien había llevado el salchichón. Nos lo comeríamos a partes iguales, claro, pero sería él quien decidiese la manera de hacerlo.

—De acuerdo —exclamó de repente.

Nos sobresaltamos. Pero de acuerdo con qué, con quién, no sabíamos. Sacó el cuchillo y, directamente sobre el banco, cortó el salchichón en doce rodajas, bien finas, y tan iguales, que podríamos habernos servido con los ojos cerrados. Le echó seis a la sopa, y las demás las repartió.

Ahora ya no hacía falta discutir nada. Con las dos rodajas por cabeza que nos tocaban cada uno podía hacer lo que le pareciese. ¿Nos las comíamos en ese momento? ¿Las guardábamos para comérmolas con el pan cuando estuviese lo bastante caliente, o teníamos fuerzas para esperar a que la sopa estuviese bien cocida, y nos lo comíamos todo al mismo tiempo?

¡Faltó tiempo para responder! Yo ya tenía una en la boca, y la segunda llegó muy pronto. También Emmerich y Bauer las habían engullido ya. Y si nos hubiésemos dejado llevar, habríamos ido a pescar las que estaban en la cacerola. El regusto que nos quedaba en la boca sentaba bien y mal al mismo tiempo. ¡Y la saliva seguía afluyendo! Ella también pedía más.

Antes de venir a sentarse con nosotros en el banco, Bauer sumergió el dedo en la sopa y sentenció:

—Está tibia.

Me extrañó, y pregunté:

—¿Solo tibia?

—Sí.

Eché un vistazo a lo que quedaba de la trampa. Apenas la mitad.

—Si sigue tibia, todo acabará en el fuego, banco incluido —dije dando unos golpecitos sobre él.

—Pues que así sea —dijo Bauer—, que acabe todo en el fuego. Tengo hambre. Como si hay que echar la mesa, da igual.

Luego vino a sentarse entre nosotros. Esa es la diferencia entre la madera y el carbón. La madera se evapora.

Estábamos de nuevo fumando porque no teníamos nada más que hacer, aparte de vigilar el fuego de la cocina. La ventana se había cubierto de escarcha a toda velocidad y apenas dejaba ya que entrase la luz. Las llamas detrás de la pantalla de mica nos iluminaban como la luz eléctrica.

Y justo porque no había nada más que hacer que esperar la sopa, sentí que Emmerich iba ensimismándose paulatinamente, y también sabía con quién, con qué problema se enfrentaba de nuevo. Bauer también lo sabía e hizo un gesto discreto que quedó entre nosotros. Yo le respondí de la misma manera. Nos daba pena Emmerich, sin embargo hay veces en que no se puede hacer nada.

Estábamos los tres callados, fumando sin hablar, pero el silencio de Emmerich era diferente del nuestro, Bauer y yo lo notábamos. Y era cada vez más denso. Pero solo en apariencia, porque en su cabeza, su hijo hacía ruido, daba golpes, tan fuertes que Bauer y yo los oíamos. Así que imaginaos qué estruendo debía de haber en la cabeza de Emmerich. Recordé que los tres

teníamos que pensar en su problema. Se lo había dicho delante del pantano helado. Seguro que no se atrevía a recordármelo y que estaba esperando. Pero primero tenía ganas de fumar.

El judío tosió de nuevo. Me volví para mirarlo. Estaba sentado con las piernas recogidas. También en la despensa había subido la temperatura. Se había abierto la cazadora; debajo llevaba un grueso abrigo acolchado. Y, a pesar de que desde aquella distancia no veía el copo bordado de su gorro, volví a pensar en él de todos modos, pero por suerte de refilón, no demasiado.

Sí, tenía ganas de terminar de fumar antes de echarle una mano a Emmerich. Estábamos allí, ante la cocina, tranquilos un rato, fumando. Quería llegar al final de aquel momento. Por eso esperaba. Pero sabía que también había amargura en ello. Porque a veces yo también hubiese necesitado que me echasen una mano.

Olía a manzanas podridas. Emmerich había bajado del altillo con las botas impregnadas de ese olor. Olía casi a mermelada. Ojalá hubiésemos tenido unas cuantas manzanas para después de la sopa. Emmerich se levantó, le dio la vuelta al pan que estaba en el borde de la cocina y se sentó de nuevo. Y yo volví a oír a su hijo dando golpes.

No fue la primera ni la segunda, sino la tercera noche después del primer fusilamiento cuando a Emmerich le entró tanto miedo por su hijo. A partir de ese momento ya no lo abandonó. Y sin duda, más entrada la primavera, cuando clavaba la mirada en Bauer o en mí mientras moría bajo el puente, en Galicia, era a él a quien veía. No, en el fondo no sé si era a él a quien veía a través de nosotros. Más bien es que me gustaría que así fuese. Que lo viese una vez antes de morir, quiero decir, para ayudarlo. A base de desearlo, terminaré por creérmelo.

En fin, aquella noche, la tercera después del primer fusilamiento, volvíamos de la intemperie después de que Graaf hubiese llamado a toda la compañía por una tontería, un asunto acerca de carbón robado y revendido a un polaco. Emmerich se había sentado sobre la cama, con el rostro pálido, había dejado escapar un suspiro atroz y nos había hablado de su hijo a Bauer y a mí, con tanta intensidad en la voz que no nos habíamos atrevido ni a quitarnos el abrigo, como si por hacerlo fuésemos a ofenderle de algún modo.

Lo escuchábamos. Tenía mucho que decir, hacía tres días que se contenía. Escuchándolo se daba uno cuenta de que la distancia entre Polonia y su casa se había acrecentado, estirado, que casi podía decirse que se había levantado un muro más.

Bauer y yo teníamos todavía la cabeza llena de las imágenes y los sonidos del fusilamiento y la matanza, como todo el mundo, aún estábamos allí. De modo que escuchar a Emmerich tan desamparado se nos antojaba muy extraño. Y qué podíamos decirle. Por suerte, no nos pedía consejo ni ideas, al menos todavía no. Lo escuchábamos. Lo comprendíamos o no lo comprendíamos, teníamos demasiado calor con el abrigo puesto, y la matanza de tres días antes no dejaba de darnos vueltas en la cabeza abrumada. Y encima aquello, porque todos los miedos de Emmerich con respecto a su hijo, en lugar de hacernos olvidar, nos complicaban más la vida.

Hasta entonces nosotros no pensábamos nunca en su hijo. Simplemente conocíamos su existencia. Nos había hablado de él, por supuesto, lo normal entre amigos es hablar de la mujer si uno está casado, y de los hijos cuando se tienen. Pero desde aquella noche entró en nuestra vida. Por decirlo así, se

sentó en la cama de Emmerich. Por la noche durmió con nosotros, y todas las demás noches que siguieron, y todas las mañanas había estado allí también, desayunando con nosotros. Como si Emmerich hubiese contraído una enfermedad.

Después de aquella noche, Emmerich conseguía servirse de cualquier acontecimiento para hablarnos de él. Por suerte, no solo de sus temores. También de los recuerdos, de los detalles, y eso era agradable. Pero era una auténtica enfermedad. A veces Bauer y yo no podíamos más. Se lo habríamos dicho con gusto.

Pronto el fuego desfalleció. Me levanté y arrojé la madera de la trampilla en la cocina. Aún quedaba con qué rellenarla, pero solo una última vez. Entonces Emmerich se levantó también, cogió la segunda silla y la rompió contra el suelo de cemento. Con tanta fuerza que los trozos salieron volando por todas partes; era evidente que había golpeado tanto sobre el suelo como sobre su problema. Recogió los trozos; antes de sentarse de nuevo, sumergió un dedo en la sopa y observó:

—Está un poco caliente.

—A este ritmo —suspiró Bauer resignado— comeremos sopa caliente, pero no cocida.

—Hay una empalizada fuera —dije yo—. Pero está cubierta de nieve. No lo conseguiremos.

—Si hubiese carbón —protestó Bauer—, todo sería más fácil. Podríamos echarnos a dormir. Y, al despertar, estaría cocida.

Miré a mi alrededor. Quedaba la estantería. Luego el banco, y después del banco, la mesa. ¿Dónde íbamos a comer después? El suelo de cemento estaba helado. Tendríamos que comer de pie.

—Comeremos la sopa cocida, pero de pie —dije yo—. Qué le vamos a hacer.

Metí la nariz en el vapor que subía de la cacerola. Ya estaba empezando. La cebolla y el salchichón me hacían cosquillas. La sémola seguía en el fondo, no había comenzado a hincharse, que era lo que esperábamos. Pero quizá bastase con la estantería y el banco, así tendríamos la mesa para comer. Volví a sentarme. Al cabo de un momento, Bauer empezó a agachar la cabeza y a levantarla casi de inmediato. Así iba dando pequeñas cabezadas. A mí también me hubiese gustado.

De pronto pensé en los fusiles que teníamos colocados detrás de nosotros. Mira que si el judío salía de la despensa con intenciones aviesas... Volví la cabeza y lo vi por el resquicio. No se había movido. Bauer estaba empezando a respirar por la nariz. Iba a acabar por dormirse del todo, aun sin la tranquilidad de tener carbón para la cocina. Emmerich, por su parte,

manoseaba un botón de su abrigo. La espera y el fuego de la cocina nos dejaban un poco a cada uno consigo mismo.

Por eso me levanté y salí, aunque no muy lejos. Me quedé en el umbral, bajo el alero del tejado. Con la cocina borboteando tras la puerta y la cacerola encima echando humo, la casa se me antojaba menos como una sucia casucha polaca.

Una lluvia de nieve fina y centelleante como plata cayó del tejado ante mí sin tocarme. Era tan ligera que no podía sentir el viento que la había levantado, aunque tenía que haber soplado. Además también tenía que haber sol para que el polvo de nieve brillase de ese modo. Sin embargo tampoco lo veía por ningún sitio. Esperé más lluvia, así, sin razón alguna. Pero lo que pasó ante mis ojos fue el humo de nuestro fuego.

El copo bordado en el gorro del judío había acabado por atormentarme. Me había seguido al exterior. Había venido conmigo en mi pensamiento. Estaba más o menos ahí todo el tiempo desde que el judío había salido de la cueva. Ya casi no me quedaban fuerzas para ahuyentarlo. El hambre y la fatiga me las habían arrebatado casi todas. No me atrevía a volver a hablarlo con Emmerich ni con Bauer. Sin duda porque no se trataba de un tormento que me acogotase. Pensándolo bien, era soportable. Por eso no me atrevía a pedir la ayuda que, aun así, necesitaba.

No teníamos casi ninguna oportunidad de encontrar a uno, y el azar, qué cosas, nos había traído a uno que llevaba encima lo que me hacía daño. Había salido para olvidarlo un poco. Pero no había funcionado. El silencio frío del invierno, eso era lo que había encontrado.

De repente me reí con amargura de mí mismo porque a lo mejor ese copo me hacía daño sin motivo. No era su madre quien lo había bordado. Aquel gorro se lo habían comprado así, ya bordado en una fábrica, y muchos otros aparte de él habían llevado, y llevaban todavía, uno igual.

Porque si queréis saber lo que me dolía, y lo que me duele hasta el día de hoy, era ver ese tipo de cosas en la ropa de los judíos que íbamos a matar: un bordado, botones de colores, o una cinta del pelo. Esas tiernas atenciones maternas me desgarraban. Luego se me olvidaban, pero en el momento me desgarraban y sufría por las madres que un día se habían tomado ese trabajo. Y después, a causa del sufrimiento que me procuraban, acababa por odiarlas también. De veras, llegaba a odiarlas tanto como sufría por ellas.

Y si queréis saber más, mi odio no conocía límites cuando no estaban presentes para estrechar contra su pecho a sus tesoritos mientras yo los

mataba. Un día les habían bordado algo o les habían puesto una cinta en el pelo, pero ¿dónde estaban cuando yo los mataba?

Me llamaron, era Bauer. Regresé, miré un poco en la cacerola y ocupé mi lugar en el banco. Las llamas seguían altas tras la pantalla de mica.

—Acabará por cocer —me dijo Bauer.

—Yo también lo creo. —Luego añadí—: ¿Por qué me llamabas?

—No lo sé —me gritó al oído.

Esperaba, vacilaba, no me atrevía todavía a pedir la ayuda que necesitaba. Así que mejor ocuparse de otra cosa. Le dije a Emmerich, a propósito de su hijo:

—Mira, no lo amenaces con nada. Dile amablemente lo que piensas. Sé sincero y dile lo que nos dices a nosotros, que te molesta mucho imaginar que fuma. Hazme caso, habla con sencillez, no des rodeos. Dile que te pondrás contento si no fuma.

Emmerich se inclinó y me lanzó una mirada. Le brillaban un poco los ojos. Hasta esbozaba una sonrisa, no triste, sincera.

—Me haría feliz, incluso —me soltó.

—Pues hala, aún mejor, dile que te haría feliz. Y te doy mi palabra de que no podrá privarte de eso.

Su sonrisa se ensanchó, se pasó una mano por la cabeza y luego la otra. Después ya no supo qué hacer con ellas y se las miró. Daba la impresión de que iba a unir las.

—Hazlo, Emmerich, no tengas miedo a decírselo —le murmuré.

—Sí, sí —me respondió, levantando los ojos al aire.

—¿No es mejor así, en lugar de amenazarlo? —le pregunté a Bauer.

Este balanceaba la cabeza de un lado a otro.

—Sí —insistí yo—, es una buena manera. Y es la única con la que cuenta, finalmente. Deposita tu confianza en él.

—¿Por qué no? —preguntó Bauer.

Me di cuenta de que, aunque aquella solución no acababa de convencerlo, quería agradar a Emmerich.

Por suerte, este no se fijó en eso y exclamó de repente, en voz no muy alta, como si estuviese reflexionando para sí:

—Pues tiene gracia la cosa, porque nosotros, aquí, nos moriríamos si no pudiésemos fumar.

Era tan extraño y tan cierto, dicho así, que nos sentimos un poco desorientados y guardamos silencio. Y, mientras cada uno se las apañaba con aquello como podía, llamaron a la puerta. Nos sobresaltamos, pero no nos dio

tiempo ni a abrir la boca, porque de inmediato alguien empujó la puerta. Era mi polaco, el cazador que había visto mientras recogía la nieve. Su perro entró antes que él. El polaco franqueó el umbral y cerró la puerta tras de sí. El perro vino hacia nosotros. Seguía teniendo los pequeños cascabeles de nieve colgando del cuello. El polaco se quitó el fusil del hombro, lo colocó contra la puerta y avanzó hasta la cocina, tan tranquilamente como si acabase de regresar a su casa. Durante un instante olvidé que había llamado y creí de veras que, en efecto, estábamos sentados delante de la cocina de su casa.

—¿Qué quieres? —le preguntó Bauer.

El polaco no respondió. Bauer gruñó con más fuerza:

—¿Qué quieres?

El polaco le hizo un gesto como lamentándose un poco, no mucho, de no comprenderlo. Lo creímos. Pero, aun así, a pesar de su leve aire de queja, se encaraba con nosotros. Tenía la cadera apoyada contra la cocina, como si estuviese en su casa, y casi nos hizo dudar dada su tranquilidad, su impasibilidad.

Nosotros, sentados en el banco, habíamos posado la vista en él, y en ese momento nos hizo sonreír el deseo que manifestaba, ahora nos dábamos cuenta, de demostrarnos que no nos temía. Porque a nosotros nos daba igual que nos temiese o no.

—Lo conozco —dije yo—. Lo he visto fuera.

—¿Cómo se llama? —me preguntó Bauer.

Y luego se dirigió al polaco, en broma:

—¿Vienes a comer? Pero tendrás que esperar, no está cocido.

Luego fingió dejarle un sitio entre nosotros, en el banco.

—Ven a sentarte mientras esperas.

El polaco se quedó inmóvil. Solo se le movieron los ojos, que lanzaron destellos huraños en respuesta al tono melifluo de Bauer.

Entretanto, las llamas habían empezado a debilitarse. Me levanté y alimenté el hogar con lo que quedaba de la silla. Al pasar observé al polaco. Él no me miraba, ni siquiera de reojo. Dándose cuenta también de su manera de ignorarme, como si yo trabajase para él, Bauer me dijo:

—Atiéndelo bien.

Y después, refiriéndose a mí, se dirigió al polaco:

—Si no, me lo dices, que le echo la bronca.

El polaco frunció el ceño en dirección a Bauer, luego resopló detrás de su bufanda.

Volví a sentarme en el banco. El polaco nos observaba. Desde allí, sus ojos parecían de carbón. Se quitó la capucha de piel rematada con pelo. Luego se desenrolló la larga bufanda de lana. Vimos su rostro. Me impresionó su distinción. Le echamos unos cuarenta años, como nosotros. Abrió la boca;

resultaba más fácil contar los dientes que le quedaban que los que le faltaban. Pero aquello no lo desfiguraba. Su rostro desdentado mantenía aquella gravedad, aquella distinción huraña que no se veía a menudo en Polonia.

Se metió la capucha en un bolsillo. Le buscó un lugar a su bufanda entre las nuestras, sobre la barra que rodeaba la cocina. Se tomó su tiempo para colgarla bien, y nosotros, mientras tanto, ya no veíamos las llamas, era como si tuviésemos menos calor.

—Eres católico —le dijo Bauer—, así que lárgate de aquí.

Eso sí que lo comprendió el polaco. Regresó al lado de la cocina, y su perro surgió de detrás de nosotros en ese momento, no sé de dónde, para tumbarse a su lado. El polaco le habló sin mirarlo. El perro colocó la cabeza sobre las patas. Le enseñé a Emmerich y a Bauer los cascabeles de nieve que colgaban aún del cuello del perro. Dije:

—Mirad eso.

—Ya lo he visto —dijo Emmerich—. No sé cómo, pero ya lo he visto una vez.

—¿Dónde? —preguntó Bauer.

—¿Dónde? En mi casa.

—¿Así, iguales?

—Sí, ¿por qué? —preguntó Emmerich.

Entonces Bauer se echó a reír.

—¿Por qué te ríes? —volvió a preguntar Emmerich.

Bauer pensaba en los testículos de Emmerich, yo ya me había dado cuenta. Emmerich volvió a preguntarle por qué, pero Bauer, con el ataque de risa que le había entrado —reía a carcajadas—, no podía responderle. La risa le retorció tanto las tripas que tuvo que ponerse en pie. De repente Emmerich hizo un gesto con la cabeza, acababa de pillarlo. Sonreía de oreja a oreja.

Al cabo de un momento Bauer empezó a calmarse y se enjugó las lágrimas que le habían brotado. Tenía la boca cerrada, pero le entraban como sobresaltos. Daba la impresión de que iba a romper a reír de nuevo. Y así sería si Emmerich decía cualquier cosa. Emmerich lo sabía y por eso se callaba. Así que Bauer se calmó por completo, abrió la boca y respiró hondo. Luego aprovechó que estaba de pie para echarle un vistazo a la sopa. Sacó su cuchillo y la removió con la hoja, clavando al tiempo la vista en el polaco.

—¿Y qué tal vosotros, los polacos, eh?

El otro le respondió algo, serio, con voz grave y serena. El perro, a sus pies, levantó la cabeza.

—Sí, claro —le dijo Bauer sin quitarle la vista de encima.

Luego metió el cuchillo en la cacerola, y a la primera sacó una rodaja de salchichón, se la pasó por debajo de la nariz y volvió a meterla en la sopa.

—¿Y la sémola? —le pregunté—. ¿Está cociendo?

Bauer se guardó el cuchillo, sacó la cuchara y removió bien la sopa, observando la sémola para ver si subía a la superficie o si se espesaba en el fondo. Negó con la cabeza y lamió la cuchara.

—No —respondió—, todavía no. Cuando remuevo, flota. Pero está en ello.

—¡A ver!

Sacó la cuchara y me la acercó muy despacio, para no verter su contenido. En lugar de mirar la consistencia de la sémola, la engullí. Bauer tenía razón, no se había cocido, pero la sopa estaba calentita y tenía sabor. Le dije, a regañadientes:

—Vale, un poco más.

Me contuve para no decirle que ya estaba bien, que la consistencia de la sémola no tenía ninguna importancia. Tenía hambre, muchísima hambre. La noche anterior habíamos comido, pero el día de ayer quedaba tan lejos como el mes pasado.

—¿Y el pan? —preguntó Emmerich.

Bauer se volvió, metió el dedo en una de las rebanadas y dijo:

—El pan está bien.

—¿Qué hacemos? —preguntó Emmerich.

—Pues lo mismo que con el salchichón: cada uno lo que le parezca.

Esperamos, nos miramos. Si nos comíamos el pan en ese momento, la comida no estaría tan buena, sería menos completa. Pero teníamos hambre. Qué hacer. Al final decidimos, sin decir nada, comérmolo todo junto, el pan y la sopa, cuando esta estuviese cocida. Bauer volvió a sentarse. Se puso a observar al polaco.

—¿Y si lo pusiésemos de patitas en la calle? —vociferó de repente.

El polaco se sobresaltó. Observó a Bauer. Luego, de pronto, sacó tranquilamente de un bolsillo a la altura del pecho una petaca, una gruesa petaca verde de medio litro. Era alcohol de patata, lo sabíamos. Todos los de por allí tenían, corría como la espuma en aquellas petacas. De inmediato nos entraron ganas. Lo destapó y lo puso encima de la sopa. Realizó aquellos gestos sin apartar la vista de nosotros, y cuando levantó ligeramente la cabeza y abrió un poco más los ojos, comprendimos lo que quería decir. Verter alcohol en la sopa equivalía a comprarnos una ración.

Antes de hablar, nos detuvimos un momento para imaginarnos lo bien que nos sentaría.

—Bauer, ¿a ti qué te parece? —pregunté—. Es tu sopa.

—Por qué no —dijo Bauer.

Se giró hacia Emmerich, que respondió:

—A mí me parece bien.

—Bueno, esperad —concluyó Bauer.

Miró al suelo y se quedó pensativo. El polaco nos observaba, paciente e impasible. Su petaca seguía suspendida sobre la cacerola.

—Tendremos menos sopa —sopesó Bauer—. Pero me apetece un poco de alcohol.

—Déjate llevar —le dije yo.

Bauer levantó la cabeza y nos preguntó:

—¿Pasamos de la ración de sopa?

Emmerich y yo le hicimos gestos de que sí, de que daba igual.

—¿A qué sabrá? —volvió a preguntar Bauer.

Le respondimos que iba a estar mejor. Pero aún le quedaba una duda. No sabía cuál. Menuda idea que se nos había ocurrido con lo de decirle que era su sopa, aunque fuese verdad.

—¿El pan entra en el trato o no? —preguntó.

—No —le respondí—; solo la sopa. El pan nos lo guardamos.

Bauer inclinó y levantó la cabeza.

—Venga, adelante —le lanzó al polaco, haciéndole un gesto de lo más elocuente con la mano—. Y echa bastante.

Estaba decidido, lo sabíamos. A partir del momento en que la petaca había salido del pecho del polaco, era casi seguro que íbamos a probar el alcohol. Pero qué alivio cuando empezó a verterlo. Echó mucha cantidad. Se oyó crepitar el alcohol, lo vimos evaporarse y, casi de inmediato, nos llegó el olor.

El olor nos hizo sonreír, también nos hizo daño. ¡Ojalá nos pudiéramos alimentar con él! Pero, claro, con eso no se come. A pesar de todo, sonreímos; el polaco no. Su hermoso rostro desdentado nos observaba con la misma gravedad, con la misma impasibilidad que desde que había entrado.

Bauer le hizo un gesto con la cabeza.

—No hemos terminado. Ven a ver esto. Nuestra sopa es de oro, cuesta cara.

El polaco se acercó y le tendió la petaca, desprendido, sin mirar, ya que, como he dicho, por aquellos lares aquel licor corría como la espuma. Bauer bebió un buen trago, relinchó como un caballo y le pasó la petaca a Emmerich. Él también dejó escapar un ruido de caballo y después, por encima, un estertor dolorido. Y, mientras yo me quemaba a mi vez, el judío se sorbió la nariz y tosió en la despensa, como si fuese él quien acabase de beber.

El polaco dio un paso hacia delante, hasta casi rozarnos, y luego miró hacia el interior de la despensa por el resquicio de la puerta. Porque hasta ese momento, a pesar de encontrarse a un paso de él, el judío había permanecido invisible a sus ojos. Entonces se quedó allí, ante nosotros, inmóvil, con aquella mirada negra clavada en el judío, que agachado lo miraba a su vez, pero con tristeza. Al cabo de un momento, el polaco fijó los ojos en nosotros y toda la distinción de su rostro se evaporó. Abrió la boca, descubrió las encías, formando una especie de sonrisa, y su boca desdentada me pareció entonces monstruosa, como la de un pescado muerto.

Miró de nuevo al judío.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Bauer.

Y luego, tras unos segundos, insistió:

—Pero ¿qué has visto para poner esa jeta?

Parecía que el polaco no quería apartar la vista del judío, y sus encías desnudas expresaban una especie de satisfacción. Bauer le preguntó:

—Pero ¿qué te pasa?

El polaco le respondió con rapidez algunas palabras, con la vista fija en él. Luego su mirada se desvió rápidamente hacia la despensa. Después habló en

la lengua universal de la maldad al tiempo que, con la misma maldad, meneaba la cabeza.

El judío lo observó un momento, luego bajó la vista. A continuación, apoyó los codos en las rodillas y el mentón en las palmas, dobló la espalda y pareció ignorarnos a todos por completo. Su mirada se había clavado en un punto de la despensa que no veíamos. Pero eso no detuvo el torrente de palabras del polaco.

—¿Lo conoces? —preguntó Bauer con impaciencia.

El polaco se calló y se inclinó hacia Bauer, que señaló con una mano al judío, con la otra a él, al polaco, y después, uniendo sus dos índices, le preguntó:

—Entonces, ¿lo conoces?

El polaco negó con la cabeza, con aire de turbación.

—Pues entonces cierra la boca de una vez —ordenó Bauer—; déjalo tranquilo, y a nosotros también.

El polaco comenzó a hablarnos a los tres.

—No, cierra la boca —dijo Bauer avieso—, o te ponemos de patitas en la calle y encima te doy una buena tunda.

El polaco se calló, lanzó una última mirada en dirección a la despensa y se acercó de nuevo a la cocina. Había dejado de mostrar las encías; su rostro había recuperado los rasgos graves y distinguidos, pero no era igual; ya no tenían el mismo significado.

Yo seguía con la petaca en la mano. Se la tendí para devolvérsela. Sin embargo demostró no ser rencoroso y me hizo señas para que me la quedara un rato más. La puse en la mesa, tras de mí.

El perro se había despertado con la voz de Bauer, había levantado la cabeza, y me di cuenta de que los cascabeles de nieve habían empezado a fundirse. Ya no eran tan redondos como antes y había un pequeño charquito de agua entre las patas.

Bauer también lo había visto. Lo noté atónito a mi lado.

—¡Ay, Emmerich! —exclamó.

—¿Qué?

—¿Duelen?

—¿Que si duele qué? —preguntó Emmerich, que, como antes, no comprendió de inmediato la alusión a sus testículos.

Entonces Bauer se cruzó los brazos en la parte alta del pecho, para que no le estallase, seguro, y enterró la boca entre los brazos. Su cuerpo se sacudía

tanto por las risas ahogadas que movía el banco. Después empezamos a oír su risa entre dientes.

Emmerich, sentado al otro lado, se inclinó para mirarme, y por señas me preguntó qué le pasaba. ¿Se lo tenía que decir yo? Me hice el sueco.

—¿Qué? —le soltó a Bauer.

Pero Bauer ya no era capaz de hablar.

La madera se consume más rápido que el carbón, y además engaña a la hora de cocinar. La cocina se había calentado, se estaba bien. Al menos por delante, porque todavía sentíamos escalofríos en la espalda. Pero la sopa, a ese paso, no iba a cocer.

Las llamas se habían extinguido tras la pantalla de mica. Y nosotros, centrados en la presencia del polaco y en lo que había pasado, no nos habíamos dado cuenta. Al estar en ayunas, lo poco que habíamos bebido nos había puesto de buen humor, y se nos había olvidado la cocción de la sopa. Me levanté. Le llegaba el turno a la estantería. Después, a la mesa o al banco; ya se vería.

La estantería cedió rápidamente. Bastaron dos golpes con el hombro para que se desprendiese de la pared. No pesaba demasiado, no iba a ser de gran ayuda. Pronto tendríamos que elegir entre el banco y la mesa. Quizá los dos, y habría que dejarse de remordimientos.

Mientras yo reducía a pedazos la estantería, Bauer tronó de repente:

—¿Tiene tíos?

Durante un momento Emmerich y yo no entendimos de qué estaba hablando. Incluso pensé durante un instante que se trataba del polaco, ya que lo que acababa de decir no tenía ningún sentido. Emmerich fue más rápido que yo y le respondió a Bauer:

—No, no tiene. Ahora me encantaría que tuviese, para que me echaran una mano.

Se calló. Agachó la cabeza con aire profundo.

—A veces lo pienso.

A continuación, clavó la mirada en Bauer.

—¿Por qué?

—Mira —le dijo Bauer, tendiendo un dedo hacia mí para señalarme al mismo tiempo que se señalaba a sí mismo—, dile que vas a volver con dos tíos.

Emmerich estaba sorprendido. Bauer exclamó:

—No se hable más. A partir de hoy, somos sus tíos.

—Espera un poco —le dije.

Por supuesto, me estaba haciendo de rogar. Terminé de romper la estantería y la mitad fue a parar a la cocina. Soplé y soplé hasta avivar las llamas. Luego me giré hacia el banco. Emmerich tenía la cabeza gacha. Se notaba que Bauer se alegraba de que se le hubiese ocurrido aquella idea. El alcohol de patata también tenía su parte de responsabilidad en todo aquello.

—Bueno, ¿qué dices tú? —me preguntó.

Seguí fingiendo que me lo pensaba y luego dije:

—Vale.

Bauer dio una palmada y se inclinó hacia Emmerich.

—Escríbele que acaba de ganar dos tíos, y menudo par de ellos.

Luego le dio un golpecito en el muslo a Emmerich, quien, de la emoción, tuvo que encenderse un cigarrillo. Nos pasó uno.

—Pero, espera —dijo Bauer levantando el suyo—, no así como así; explícale bien que eso es a condición de que no toque el tabaco.

—Sí —convino Emmerich.

—Que no se te olvide decírselo.

—Sí.

Emmerich ya no sabía qué decir. Pero Bauer, por su parte, todavía tenía carrete.

—Eso, y el resto de las veces que le escribas le ponemos nosotros algo también. Cuando volvamos vamos a verlo y le damos un poco de dinero.

Emmerich se estremeció y se frotó la cabeza.

—Dádmelo ahora —dijo para escapar a la emoción.

Yo seguía delante de la cocina. Oía las llamas. Encendían pequeñas lucecitas a mi espalda. Para qué volver a sentarse. Una mano caliente me subía y me bajaba por la espalda, y el cigarrillo de Emmerich me estaba sentando bien. Lo miré. Se había dejado la mano puesta sobre la cabeza. Se esforzaba por mantener una sonrisa. Pero, si se hubiese atrevido, habría soltado un buen sollozo.

Entretanto el polaco no nos había quitado los ojos de encima, yo ya lo había visto. Nos miraba alternativamente mientras hablábamos, sin duda intentando distinguir alguna palabra que conociese. Pero, entre lo poco que hubiese podido entender, que acabábamos de decidirlo y el tema del que hablábamos, nunca se enteraría de nada. Y aún menos sabría que fue su alcohol de patata lo que lo había desencadenado.

Por gestos, nos pidió de fumar.

—Muérete —le dijo Bauer.

Pero Emmerich le tendió un cigarrillo. La ayuda de Bauer lo había emocionado, lo había llenado de franqueza y bondad. Ya era así de costumbre, así que ahora más aún.

En el fondo estábamos todos un poco emocionados, incluso Bauer. Pues de repente los tres éramos casi familia. Quiero decir, al convertirnos Bauer y yo en los tíos del hijo de Emmerich. Casi se nos había olvidado que teníamos hambre. Miré hacia la ventana. La escarcha se fundía a trozos. A lo largo del cristal se formaban gotas de agua que bajaban por él. Habría sido mejor, la ventana se habría descongelado más rápido si no hubiésemos arrancado la trampilla. Porque una parte del calor se nos iba por el altillo.

Enseguida volvimos a acordarnos de que teníamos hambre. Saqué la cuchara y removí la sopa. La manteca se había deshecho, los trozos de cebolla se desprendían, el salchichón también tenía buena pinta, pero la sémola seguía flotando. No queríamos caldo, sino una sopa espesa. Y me daba miedo que aquello acabase convirtiéndose en una ilusión. Como en un sueño, la veíamos allí, al alcance de la mano, pero por mucho que nos acercábamos parecía que nunca iba a llegar la hora de tomarla por fin.

Los trozos de estantería que había metido estaban acabando de arder. Se habían quemado más rápido de lo que yo pensaba. Antes de que se extinguiesen las llamas, metí en la cocina todo lo que quedaba de la estantería.

—Esta madera es de papel —dije yo—. Ya no nos queda nada. ¿Qué preferís, el banco o la mesa? Démonos prisa.

Se levantaron. Bauer pasó la mano sobre la mesa.

—Es gruesa —afirmó—. Nos haría falta una sierra.

Emmerich levantó el banco.

—El banco también —corroboró—. Tampoco lo conseguiremos.

—Los tres juntos lo conseguiremos —afirmé.

Sin embargo, por mucho que lo arrojamos al suelo desde tan alto como pudimos, se resistía. Durante un momento pensé en la empalizada de fuera, después renuncié. Para qué volver a helarme la sangre y luchar contra una empalizada que de todos modos no se movería.

Así que lo que íbamos a comer era un caldo, caliente, eso sí, pero no nutritivo. Apoyado en la cocina, el polaco nos miraba, fumándose impasible el cigarrillo de Emmerich. El perro dormía. Los cascabeles de nieve habían desaparecido.

—¿Para qué sirve la puerta de la despensa? —preguntó Emmerich de repente.

—¡Tiene razón! —exclamó Bauer.

Emmerich y yo la abrimos de par en par. El judío, al vernos aparecer, se enderezó y se pegó a la pared del fondo. Nos observó mientras sacábamos la puerta de sus goznes. Pesaba mucho, pero parecía menos difícil de romper que la mesa o el banco. La colocamos inclinada, con la parte superior apoyada contra el banco.

—Vamos —le dije a Emmerich—, yo te sujeto.

Le cogí el abrigo, él flexionó las rodillas, saltó y cayó sobre la puerta, que ni se movió ni crujió.

—No saltas desde bastante altura —apunté yo.

Se subió al banco. Bauer y yo lo cogimos cada uno por un hombro. Saltó y esta vez se oyó algo.

—¡Otra vez! —le gritamos casi al mismo tiempo.

Lo hizo otra vez, y no sé cuántas más. Saltaba con impulso, y al propulsarse llegaba más arriba de la altura del banco. Y con cada golpe se oía un crujido más fuerte. Empezaron a aparecer grietas. Emmerich se esforzaba —se veía—, tanto por él como por nosotros. Lo teníamos bien sujeto, cada uno por un hombro. Al final la atravesó. Nos daba miedo que se hiciese daño, que alguna astilla gruesa le atravesase las botas. Por suerte, acabó de pie, atravesado en la puerta, sin resuello, pero ileso. Acabamos de romperla y de hacerla trozos alegremente, porque con tal cantidad de madera era ya seguro que comeríamos una sopa espesa, sentados en el banco. ¡Menuda puerta! Teníamos para rellenar la cocina cinco veces.

¡Cómo tiraba después el fuego! Se olía, se oía. También nos daba luz, porque fuera declinaba el día. La sopa humeaba, ahora ya estábamos seguros de que sería espesa y nutritiva. Entre los olores dominaba el de la cebolla. Tomamos otro trago. Nos quemó, pero nos envió a un universo más ligero. Así que dimos un lingotazo más. El polaco había plantado un codo sobre la barra de la cocina y se sujetaba la sien con una mano, seguro él también de la sopa, tranquilo como nosotros. Ya no me acordaba de aquella boca malvada que tenía. Su perro resoplaba de vez en cuando.

De repente me di cuenta de que así, sin la puerta que habíamos desmontado y que ardía alegremente, la casa había cambiado. ¿Era porque la despensa formaba parte de nuestro espacio, alrededor del banco, o por lo contrario? La cosa era que el lugar había adoptado un aire diferente.

Mientras miraba a mi alrededor para comprender la razón, el judío empezó a desabotonarse la chaqueta en la despensa. Se la desabotonó por completo, y luego pareció vacilar. Al final se quitó la chaqueta, la enrolló, la colocó en el suelo y se sentó encima. Porque, por supuesto, por bien que se estuviese ya en la despensa, el suelo seguía helado. Habría hecho falta quemar buen carbón durante un día y una noche para descongelar el suelo de cemento.

Bajo la chaqueta llevaba un grueso capote naranja, lleno de roña, pero espeso y afelpado como él solo. Seguro que llevaba más capas debajo. Pero lo que lo había salvado en el bosque había sido el capote. Se había subido el gorro sobre la frente, formando pliegues, y desde donde yo estaba el copo bordado resultaba invisible.

No nos movíamos en el banco, no hablábamos. Ni un movimiento, ni un ruido. El calor, el olor de la sopa y el alcohol de patata nos aislaban un poco a los unos de los otros y nos inducían al sueño. El polaco, apoyado contra la cocina, también comenzó a dormir.

Cerré los ojos unos segundos. Mi imaginación comenzó a ver cosas que no estaban allí. Más me valía abrirlos de nuevo. El perro del polaco se había despertado. Seguía teniendo la cabeza posada sobre las patas delanteras,

mientras nos observaba a Emmerich, a Bauer y a mí; guiñaba con dulzura los ojos: me recordaron a un perro que había tenido hacía mucho tiempo.

Para pensar en otra cosa, murmuré con voz queda:

—Espero que tenga cuchara.

—¿Qué? —me preguntó Emmerich en el mismo tono.

—El polaco —dije yo—. ¿Cómo va a comer? ¿Con qué?

—Si no tiene, lo ponemos de patitas en la calle. No quiero que toque la sopa con esa boca —respondió Bauer.

—Yo tampoco —dije.

Lo miramos: se había quedado casi dormido contra la cocina. Desde allí no importaba, lo soportábamos. Pero pronto su asquerosa boca vendría a sentarse a la mesa con nosotros.

Emmerich se inclinó y me interrogó con la mirada.

—Ya se verá —le respondí yo—. A lo mejor tiene una.

Pero de repente Bauer dijo:

—No, no vamos a ver nada. Lo pongo de patitas en la calle, aunque tenga cuchara.

—Yo le paso la mía si no tiene —dije yo de broma.

Pero Bauer estaba completamente exaltado.

—Tengo ganas de echarlo a la calle. ¿Nos da miedo o qué?

—Espera, ya veremos —le dije, plantándole una mano en la pierna.

Eso lo calmó durante un breve momento.

—Por lo menos no con esa boca —replicó.

Todo aquello lo habíamos dicho entre susurros. El polaco seguía dormitando con los ojos medio cerrados. Bauer gritó de repente:

—¡Eh, tú! ¿Con qué piensas comer? Con ese hocico que tienes, ni pensarlo. Porque a mí me da asco —le dijo Bauer de mala manera.

El polaco se sobresaltó. Luego nos miró a uno tras otro para saber quién había hablado.

—¿Que con qué vas a comer? —repitió Bauer en tono feroz.

El polaco le respondió en su lengua. No sabíamos qué, pero tampoco sonó muy bien.

Por supuesto que no le teníamos miedo, pero él a nosotros tampoco. Tal y como le habíamos hablado, nos había respondido. En aquel momento Bauer se sacó la cuchara del bolsillo y se la enseñó al polaco. La removié al tiempo que exclamaba:

—¡Enséñame la tuya!

El polaco miró la cuchara un momento, luego la sopa, y después a nosotros. Se esforzaba por entender. Bauer le echó una mano. Se señaló con un dedo y estiró un poco más la cuchara en su dirección. Y esa vez el polaco se puso a sacudir la cabeza mientras sacudía su chaqueta acolchada para decirnos que no, que no tenía.

—Pues entonces, padrecito —repuso Bauer—, harías bien en volverte a tu casa, porque nosotros no queremos que toques nuestra sopa, y ya está. Me das asco.

Y, a pesar de no poder pillar ni una palabra, estuve seguro de que el polaco se había enterado de todo. Había sentido la amenaza en el tono y la mirada de Bauer. Comenzó a agitarse. Luego le respondió a Bauer, desgranando una especie de letanía llena de resentimiento y temor. La entendíamos a pesar de no captar ni una palabra nosotros tampoco.

—Vamos, llora, padrecito —dijo Bauer.

El otro siguió lamentándose, y Bauer le hacía gestos de comprensión con la cabeza y le sonreía con tristeza. Luego, de repente, el polaco se alejó de la cocina y fue a acurrucarse delante de lo que quedaba de la puerta de la despensa. Se puso a hurgar entre los fragmentos, desgranando aún su letanía. Cuando encontró lo que buscaba se calló, nos lo enseñó y volvió junto a la cocina. Se sacó del bolsillo un siniestro cuchillito y comenzó a tallar febrilmente un trozo de madera, mirándonos a ratos con inquina; a veces también descubría las encías, y su boca atroz nos fulminaba aún más que su mirada.

Encendimos un cigarrillo, el último antes de la sopa. Nos lo fumamos mientras observábamos cómo el polaco tallaba el trozo de madera. Se había olvidado de nosotros. Tallaba, lleno de concentración y cuidado y, como se estaba poniendo el sol y las llamas de la cocina no lo iluminaban directamente, acercaba mucho los ojos a su trabajo. Las virutas caían sobre su perro. Otras caían sobre las placas de hierro de la cocina y se consumían al momento.

Es cierto que el día había declinado tanto que parecía de noche, aunque aún no hubiese llegado la hora. Sin duda las nubes que se interponían entre el sol y nosotros se habían vuelto todavía más espesas.

La forma de la cuchara se dejó ver bastante pronto. En pocos minutos aparecieron el mango y el extremo oval, aunque costaba diferenciar el uno del otro.

Pero lo que queríamos ver era cómo iba a hacer la concavidad. Porque sin concavidad no hay cuchara. Terminó la forma, la observó un momento, y después la apoyó contra la cocina y comenzó a rascar con la punta del cuchillo. Pero la madera estaba dura; no parecía que pudiese ahuecarla solo rascando. Refunfuñó y nos dirigió una mirada inexpresiva, como si al mirarnos fuera a encontrar una manera de hacerlo. No parecía asustado de no poder comer si no lo conseguía, ni enfadado con nosotros, sino únicamente ocupado en buscar una idea. Al final retomó su trabajo con un nuevo método. Nos inclinamos. Como faltaba luz, tardamos un momento antes de entenderlo.

Con la punta del cuchillo trazaba surcos en la madera, y luego los repasaba con el cuchillo, varias veces. Cuando dos surcos eran lo bastante profundos, hacía saltar la madera que quedaba entre ellos. Y así sucesivamente.

—Lo va a conseguir —dije.

—Pues esta sopa la va a pagar —dijo Bauer, dándose la vuelta para coger la petaca de la mesa.

Vaciló antes de beber, hizo girar la petaca entre las manos, se miró las botas, levantó la cabeza y concluyó:

—O lo echamos de todos modos. Me da asco hasta con la cuchara.

—Le decimos que pague —propuse para calmar a Bauer.

—Sí, mejor —refrendó Emmerich.

Emmerich y yo no teníamos miedo del polaco. Pero en aquel momento nos sentíamos como en casa, fumando al calor de las llamas que nos alumbraban con una luz familiar, y flotábamos con dulzura en el olor de la sopa. Y poner al polaco de patitas en la calle significaba luchar, enfadarse, que entrase el frío al abrir la puerta, y seguramente también tener que luchar fuera. Sospechábamos que, después de todo eso, nos íbamos a comer la sopa enfadados, en la incomodidad de una casucha polaca, y que nos iba a sentar mal.

Bauer le dio un buen lingotazo a la petaca y me la pasó. Yo también hice lo propio. Emmerich, por su parte, no quería más. Bauer se levantó y echó más madera al hogar. Y, mientras removía la sopa con la cuchara, el polaco, sin levantar los ojos ni dejar de tallar la madera, le murmuró algo, a lo que Bauer respondió:

—Padrecito, más tallar y menos charlar. Date prisa, que pronto estará cocida.

—¿De verdad?

—Sí, la sémola está espesando. Se está pegando al fondo.

—Pues despégala, que se va a quemar —le advertí.

Así lo hizo. Después me pidió la petaca. ¡Qué cantidad vertió en la sopa! Para hacérsela pagar caro al polaco y también porque en aquel momento, cuando faltaba tan poco para comérmola, no daría tiempo a que el sabor del alcohol desapareciese con la cocción.

Mientras me devolvía la petaca, casi vacía, el polaco terminó de trabajar con el cuchillo. Se lo guardó en el bolsillo y se puso a pulir la concavidad de la cuchara en un rincón de la cocina. No tenía miedo, la apretaba con todas sus fuerzas, como si estuviese puliendo un tocón.

—Si ahora va y la rompe, me caigo redondo —dijo Bauer cerrando los ojos para imaginárselo.

—Déjame ver —le dije al polaco haciéndole gestos con la mano.

Dejó de pulir y clavó en mí la mirada. Le hice el mismo gesto de nuevo, con más insistencia, y me pasó la cuchara con mirada amenazante. Le di vueltas entre las manos, examiné la concavidad, la sopesé y dije, porque era la verdad:

—Pues no está nada mal.

Después se la pasó a Emmerich.

—Sí —afirmó—, lo ha conseguido.

—Dámela —le pidió Bauer con el brazo tendido.

—¿Para qué?

—Para echarla al fuego.

El polaco tenía los ojos clavados en Emmerich. Bauer seguía con el brazo tendido; en aquel momento lucía además una gran sonrisa y una mirada feroz. Emmerich encontró un modo de hacer lo que quería. Le acercó la cuchara a Bauer, pero con prudencia, no demasiado, y le dio la vuelta para que la viera desde todos los ángulos. Luego se la devolvió al polaco. Y Bauer, todavía con aquella sonrisa, exclamó en ese momento, refiriéndose a la sopa:

—Ya está.

Cogió el mango de la cacerola con las dos manos, la colocó con precaución sobre la mesa, volvió a la cocina y cogió las rebanadas de pan. Emmerich y yo nos giramos para quedar frente a la mesa y sacamos nuestras cucharas y nuestros cacillos de aluminio. Bauer pasó por encima del banco y se sentó entre nosotros.

Entonces, de repente, el hambre, que se había olvidado un poco de nosotros, el hambre que los cigarrillos, el alcohol de patata y el fuego de la cocina habían adormecido, brotó de golpe de la cacerola y nos cayó encima como si estuviese viva. Es que se trataba de una sopa estupenda que olía bien. Las rodajas de salchichón, empujadas por la sémola, por fin cocida, flotaban en la superficie. La manteca derretida aún hervía.

Estábamos de espaldas a la cocina. El calor nos acariciaba por detrás. Mirábamos la sopa humeante. Me daba vueltas la cabeza. Mirábamos las rebanadas de pan. La sopa aún borboteaba. El pan se había chamuscado por los bordes y nos recordaba cosas. Bauer me dijo en tono confidencial, pero con la suficiente fuerza como para que Emmerich también lo oyese:

—Esto se lo contaremos a nuestro sobrino.

Yo asentí amplia y dócilmente con la cabeza.

Emmerich murmuró:

—Que no se nos olvide.

Me incliné para que me viese y me planté un dedo sobre la frente.

—Lo tengo aquí grabado —dije yo—. No se nos olvidará nada.

Emmerich se rascó la cabeza y me dedicó una sonrisa triste como ella sola. Tan triste, tan agradecida, tan feliz que en el fondo daba ganas de llorar. Nuestras sombras danzaban sobre la mesa.

El polaco, cuchara en mano, apareció al lado de Emmerich. Si nos hubiéramos apretado, habría podido sentarse en un extremo del banco, junto a Emmerich o junto a mí. A nosotros no se nos ocurrió; a él tampoco. No se planteaba la cuestión. Entonces advertí que sus manos estaban menos estropeadas por el frío que las nuestras. Sopló en la cuchara.

—¿Y el plato? —le dijo Bauer haciendo el redondel con las manos para dibujarlo—. Has olvidado hacerte uno. Qué pena.

El polaco comprendió y se asustó. Yo también. Yo, ante la idea de vernos obligados a pegarle y de ponernos nerviosos si la cosa salía mal, justo en el momento en que estábamos sentados a la mesa, hambrientos de nuevo. Solo que Bauer tenía razón. A ver cómo iba a comer el otro. No se nos había ocurrido. Ni hablar de dejarlo comer directamente de la cacerola.

—Date prisa —le soltó Bauer—. Ve a hacerte uno antes de que se enfríe.

Se reía a medias, con maldad. El polaco, blanco de repente, apretó la cuchara entre los dedos como si fuese a romperla y abrió la boca para decir algo.

—Cállate —le dijo Bauer y le puso delante su propio cacillo; no había en ello ninguna fraternidad, ninguna amabilidad, sino las mismas ganas que nosotros de poder por fin comer.

El polaco, aún blanco como la cal, clavó en Bauer una mirada de exasperación. En su cabeza todo iba demasiado rápido y al revés.

Bauer nos sirvió en los cacillos y atrajo la cacerola hacia él. Y empezamos a comer. Mordimos el pan caliente. Sentimos el sabor y el espesor de la sopa. Todo estaba bueno, el pan, la sémola de los italianos, las rodajas de salchichón que se deshacían. El alcohol también se dejaba sentir.

Nos quemamos la lengua y el paladar. Nos sentimos felices, pero no durante mucho tiempo, pues de repente el polaco dejó de comer de ese extraño modo en que lo hacía, como una vieja, a causa de los dientes que le faltaban. Se detuvo de repente y achinó los ojos hasta convertirlos en rendijas. Una sonrisa feroz le deformó la boca. Nosotros también dejamos de comer. Lo miramos.

Estaba colocado frente a la despensa, donde el judío dormitaba, sentado sobre su chaqueta. El polaco pronunció algunas palabras, en voz no muy alta, pero comprendimos que iban dirigidas al judío, y que su sentido estaba cargado de satisfacción y de desprecio. Eran unas imprecaciones curiosas.

—¿Qué, vuelves a empezar? —le dijo Bauer.

El polaco se calló, pero levantó su cacillo humeante en dirección a la despensa, y de nuevo cruzó su cara aquella horrenda sonrisa. Sin duda fue aquella sonrisa la que decidió a Bauer a hacer algo que a Emmerich y a mí no se nos hubiese ocurrido, porque no éramos Bauer, y también sin duda porque habíamos bebido mucho menos alcohol de patata que él.

Así pues, escrutó un momento al polaco, sin decir nada, y luego se giró hacia la despensa para llamar:

—Ven, anda, ven aquí.

El judío levantó la cabeza y miró en nuestra dirección.

—Ven aquí, levántate —dijo Bauer señalando el lado libre de la mesa, frente al polaco.

—¿Qué haces? ¿Para qué? —le pregunté, a pesar de haber comprendido.

Bauer me echó una mirada; después, ignorándome, plantó una mano sobre el mango de la cacerola a modo de señal, y exclamó con voz sonora:

—Ven a comer. Venga, levántate, ven.

—No, para —dije—. Déjalo tranquilo.

—¿Por qué? —me preguntó Bauer mientras que el judío se levantaba despacio, vacilante.

Una vez de pie, se inclinó para coger la chaqueta, pero Bauer le hizo señas de que la dejase en el suelo. Luego le hizo más señas para indicarle que saliese de la despensa.

—No, Bauer —repetí—, déjalo tranquilo.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo Bauer.

No le respondí. ¿Para qué? Bauer sabía perfectamente la respuesta. Sabía el riesgo que suponía para nuestra moral el invitarlo a comer.

A principios de otoño, en el mes de octubre, dos judíos, hermanos, según creíamos, nos hacían la colada. La enjabonaban, la ponían a hervir fuera, en una tina, y la tendían. A veces pasábamos a su lado. A veces los observábamos trabajar. Un día, así como así, tras haberlos observado un rato, les hicimos un comentario sobre su manera de aclarar. No nos parecía adecuada. Nos parecía seguir viendo jabón en la ropa tendida. Casi daban ganas de rascarse. Intentaron comprender qué queríamos. No estábamos seguros de que hubieran conseguido entenderlo. Pero, como habían hecho el esfuerzo, les habíamos dado a escondidas un cigarrillo a cada uno. Y desde entonces, doblaban primero nuestra colada, hasta nuestra ropa interior, y la llevaban a nuestras camas, al gimnasio. Si en ese momento estábamos allí, les pasábamos a escondidas un par de cigarrillos. Y, en lugar de fumárselos enteros, los cortaban a la mitad, para poder fumar dos veces al día.

Salvo que, cuando les llegó la hora, nos acordábamos unos de otros. Durante todo el mes de octubre habían sido sus manos las que habían lavado y doblado nuestra ropa, y eran nuestros cigarrillos los que se habían fumado. Y para desgracia suya, y nuestra, entre el centenar que eran aquel día, fueron ellos los que vinieron a tumbarse bocabajo delante de Bauer y de mí en el claro. Bauer y yo quisimos cambiar de sitio con otros tiradores, pero mientras vacilábamos y no sabíamos qué hacer, los de al lado ya habían abierto fuego. Así que no nos quedó otra que disparar sobre nuestros lavaderos, y justo antes, uno de los dos nos echó una mirada llena de tristeza, porque iba a morir, claro, pero también, o eso nos pareció, porque éramos nosotros los que lo íbamos a matar.

Aquel día Bauer y yo nos quedamos hechos polvo. Quiero decir, más de lo normal. Y de un modo diferente, singular. Por la noche hablamos del tema, fuera, porque hacía buen tiempo. Emmerich nos ayudó. Era simple:

comprendimos que no iríamos a ver ni a hablar con los nuevos lavaderos. Que era mejor no hacer con ellos nada que perteneciese a la vida.

Bauer acababa de preguntarme por qué el judío debía quedarse en la despensa. Pero él, desde el mes de octubre, sabía bien la respuesta.

El judío casi había salido de la despensa. Dio un paso más y se detuvo a la altura de la puerta. Se quedó allí esperando, como quien espera en el umbral de una casa. Bauer le hizo señas de continuar. Entonces salió de una vez y se acercó a la mesa. Una vena le palpitaba en la sien. Le temblaba un lado de la boca. No sabía qué hacer con las manos. Se las colocó a la espalda, luego se las llevó delante y las cruzó. No evitaba las miradas. Sin embargo, no conseguía mirar a nadie. Había clavado la vista en un punto de la pared, cerca de la ventana. La vena seguía palpitando, justo por debajo de su gorro.

El polaco, de pie frente a él, comenzó a dar unos golpecitos nerviosos con la cuchara sobre la mesa. Le resplandecían los ojos de rabia.

—Cierra el hocico —le dijo Bauer—. Mejor será que comas; anda, come, a ver si se te atraviesa en la garganta.

El polaco dejó de dar golpes, colocó las manos sobre la mesa, se inclinó hacia Bauer y le habló con voz contenida y llena de rabia, descubriendo las encías, no ya como un pez muerto, sino como un animal. Y cada vez se inclinaba más hacia Bauer, daba la impresión de querer arrancarle el corazón. Vociferaba de tal modo, lo dominaba hasta tal punto la rabia, que busqué con la mirada nuestros fusiles. Bauer, por su parte, no parecía tan preocupado. Lo escuchaba con seriedad y atención, como si el otro se estuviese desahogando.

De repente el polaco se enderezó, apartó la mirada de Bauer y, en lugar de vociferar, se echó a reír, apuntando con la cuchara al judío, que seguía mirando hacia la ventana, y en esa risa no había ni rastro de alegría. Su perro, al que con el rabillo del ojo vi tumbado cerca de la cocina, se irguió, para sentarse luego sobre las patas traseras.

Después, mientras que el polaco dejaba poco a poco de reírse, me incliné hacia Bauer y Emmerich:

—Pongámoslo de patitas en la calle. Ya estoy harto.

—Yo también —dijo Emmerich—. Tengo hambre.

—No —objetó Bauer, risueño—, va a pagar su ración de sopa. Va a comer con un judío. Se le va a quedar atravesada en la garganta.

Pero yo estaba verdaderamente harto de todo, incluso también de Bauer. Así que me vi en la obligación de señalar al judío y decir fríamente:

—Bauer, nosotros también lo vamos a pagar. Ya no podremos matarlo.

Quería decir que, si nos tocaba hacerlo, nos iba a costar.

—¿Por qué no? —me preguntó.

—¿No te acuerdas de lo hechos polvo que nos quedamos con los lavaderos este otoño?

—El otoño queda muy lejos.

Luego, hizo un gesto con la mano, como borrando algo en el aire, y añadió:

—De todos modos, ¿quién se encargará de eso? Nosotros no. Llevamos a uno. Seguro que mañana Graaf nos deja marcharnos de nuevo. Volveremos aquí.

—A lo mejor —respondí yo, algo dudoso—, ya veremos.

Pero en el fondo, tenía razón. Ahuyenté el temor que albergaba: que Graaf, por gusto, nos prohibiese de todos modos salir. Y no insistí. Sobre todo porque tenía hambre y quería ser feliz de nuevo, como cuando habíamos empezado a comer, un rato antes.

Emmerich también quería lo mismo que yo. Empujó su cacillo hacia el judío y se acercó un poco la cacerola para compartirla con Bauer.

Entonces el judío apartó la vista del punto que hasta entonces había estado mirando y posó la mirada sobre el cacillo de Emmerich. Las manos que había cruzado ante él empezaron a moverse. Apretó los labios. Se le relajó el rostro. El copo bordado en su gorro quedaba medio oculto por un pliegue. Pero aún se veía un poco. Yo quería comer en paz. Le hice señas para que se quitase el gorro. Se lo quitó y se lo metió en el bolsillo, y así, con la cabeza descubierta, con el pelo liberado, se notaba más lo joven que era.

Al polaco ya no se le oía. El hambre se había tragado su risa. Estaba esperando con la cuchara en la mano, inmóvil, a excepción de los ojos. Su perro se había vuelto a acostar al lado de la cocina. Lamía el charco de agua que habían formado al fundirse los cascabeles de nieve.

Bauer dio la señal al atrapar una rodaja de salchichón de la cacerola y acompañarla de un bocado de pan tostado. Luego cada uno se puso a lo suyo.

Así comenzó la comida más extraña que hicimos en Polonia.

Fuera, del otro lado de la ventana, la luz había palidecido e iba extinguiéndose. Las llamas de la cocina nos iluminaban por detrás, comíamos y nuestras sombras nos acompañaban, danzando sobre la mesa.

Digamos por última vez dónde estábamos cada uno, cómo comíamos y con qué. Emmerich, Bauer y yo estábamos sentados en el banco, por ese orden. Emmerich y Bauer comían de la cacerola y yo de mi cacillo. El polaco, de pie junto a Emmerich, comía en el cacillo de Bauer con la cuchara tallada con la madera de la puerta de la despensa. Frente a él, de pie a mi lado, comía el judío en el cacillo de Emmerich, sin cuchara.

La sopa estaba buena, calentita y nutritiva. El pan seguía tibio. Hacíamos ruido al comer. El fuego nos acompañaba a la espalda. ¡Qué música y qué silencio formaban nuestros ruidos bucales y el fuego de la cocina!

Todo se deshacía en la boca: cebollas, salchichón, sémola. La felicidad había regresado a nosotros en aquel momento. En ocasiones, sin querer, me cruzaba con la mirada del judío. Lo que leía en sus ojos no tenía ni sentido ni nada parecido. Quiero decir que, en su forma de mirarme, parecía expresar que nada de todo aquello, ni lo que comíamos, ni el fuego en la cocina ni la noche que entraba por la ventana tenían sentido alguno para él. Pero comía. Rebañaba la sémola con los dedos. Luego se los chupaba y bebía el caldo a sorbitos. La manteca derretida le dejaba un rastro blanco en los labios.

En varias ocasiones vi que Emmerich levantaba la cabeza de la cacerola que compartía con Bauer y miraba al techo, para observar a continuación al judío y volver a la cacerola. Bauer y él comían con educación, esperando que el otro sacase la cuchara antes de hundir la propia en la sopa.

Detrás de nosotros, el perro del polaco se había vuelto a dormir y a veces dejaba escapar pequeños gemidos.

A medida que comíamos y la sopa mermaba, la música cambiaba, las cucharas hacían más ruido en los cacillos y en la cacerola. De repente, sin que viniese a cuento, Emmerich murmuró:

—¿Por qué no dejamos que este se marche?

—¿Qué? —preguntó Bauer—. ¿De quién hablas?

—De él —respondió Emmerich señalando al judío con la cuchara, sin mirarlo.

—¿A qué viene eso? —preguntó Bauer—. ¿Por qué?

Pero Emmerich guardó silencio. Esperamos un momento.

—¿Por qué? ¿Eh? —preguntó Bauer.

—No sé. Porque sí.

—Anda, come —le dijo Bauer con suavidad, en voz baja.

Emmerich se puso de nuevo a comer.

Yo me terminé el pan. Le eché una ojeada a Emmerich. No sabía lo que había querido decir, en el fondo. Luego pesqué la última rodaja de salchichón y antes de tragar le dije a Bauer:

—Nunca hemos comido nada mejor.

—No.

Me señaló la botella del polaco.

—Esto también ayuda. No está bueno para beberlo, pero para cocinar habría que usarlo todos los días.

—Habrá que decírselo a Kropp —dije de broma.

Solo entonces me tragué el salchichón, y Emmerich, en un murmullo, volvió con lo mismo:

—Sería un alivio, ¿no?

Durante un momento asocié lo que acababa de decir con Kropp, nuestro cocinero. No veía por qué iba a ser un alivio. Pero Bauer, más vivo que yo, preguntó:

—¿Qué dices, Emmerich?, ¿qué es lo que sería un alivio?

Emmerich, manteniendo la cuchara suspendida en el aire, se volvió hacia el judío y dijo:

—Dejarlo marchar.

—¿Para qué? —preguntó Bauer.

—Cuando pensemos en él, nos sentará bien.

—No sé por qué —cuestionó Bauer.

El polaco, al oírnos, había enderezado la espalda y nos observaba.

—Tú mira hacia otro lado y traga —le dijo Bauer, y luego le preguntó a Emmerich—: ¿De qué sirve entonces haberse pasado el día muertos de frío?

—Habríamos pasado frío de todas formas.

—Nos hemos dado una paliza que no veas. Y ahora tú quieres devolverlo a su agujero.

Emmerich mantenía la mirada gacha sobre la cacerola. Al cabo de un instante empezó de nuevo a comer. Pero Bauer le preguntó:

—¿Para qué?, ¿eh?

Emmerich suspiraba, pero levemente, como un buey, a lo lejos. El judío, que había terminado de beberse la sopa, tenía el cacillo cerca de los labios y empujaba la sémola con dos dedos. Al ver que yo lo observaba, adoptó un

aire avergonzado y se detuvo. Pero, sin cuchara, era normal comer así. Le hice señas para que siguiera. Bauer, que estaba a mi lado, con su hombro contra el mío, me echó una mirada que aludía a lo que había comenzado a decirnos Emmerich; luego se levantó y lo oí alimentar la cocina.

Emmerich, con el rabillo del ojo, observaba al judío mientras este comía de nuevo con los dedos.

—Menuda idea, lo de la puerta —dijo Bauer volviendo al banco—, mejor que el carbón.

—Sí —coincidí yo—, nos ha salvado.

Se sirvió de la cacerola una cargada cucharada de sémola y exhaló un buen suspiro al tragársela. Es verdad que estaba bien cocida y perfumada. El salchichón era lo que más ayudaba a ello. Al principio habíamos tenido la impresión de malgastarlo al ponerlo en la sopa. Pero ya no. Y poco faltaría para que le revelásemos con orgullo a Kropp nuestra receta.

En ese momento todo el mundo iba terminando su sémola. Rebañábamos los bordes, el fondo. Pronto se acabaría.

El polaco comía a toda velocidad, bien por si a Bauer le daba por quitarle el cacillo o bien porque el hambre lo corroía cada vez más. La cuchara de madera iba del cacillo a la boca sin detenerse ni un segundo, aunque en cada viaje transportaba solo pequeños trozos de sémola.

Nosotros, Bauer y yo, terminábamos de comer; no se nos iba de la cabeza lo que Emmerich había dicho a propósito del judío. Nos daba vueltas en la cabeza y en el estómago. Aún nos quedaba apetito, pero habíamos perdido un poco de la felicidad que habíamos experimentado al principio.

Emmerich empujó la cacerola hacia Bauer con lentitud, para decirle que podía terminársela él solo.

—¿Estás seguro? —le preguntó Bauer.

Emmerich asintió con la cabeza.

—Aún queda un poco —dijo Bauer.

—Lo sé —repuso Emmerich—, pero estoy bien.

Mientras sacaba un cigarrillo para dejar claro que había terminado de comer, Bauer miró el fondo de la cacerola como si estuviese leyendo en su interior, y dijo:

—¿Por qué iba a regresar a su agujero? Con el trabajo que nos ha costado. Hemos salido sin comer, nos hemos quedado helados. ¿Y todo para qué?

Emmerich esperó a encender su cigarrillo. Después se inclinó para mirarnos a los dos, a Bauer y a mí.

—Para haberlo hecho al menos una vez.

Le dio una calada a su cigarrillo. Manoseó la mesa. Hizo un montón de pequeños movimientos. Luego se quedó como una estatua.

—¿Cuántos hemos matado? —comentó, intentando dominar su voz—. Nos quedamos siempre hechos polvo, estamos ya hartos. Dejémoslo marchar. Cuando pensemos en él, será un alivio.

Luego miró al frente, a continuación hacia el techo, y dijo:

—Cuando nos vayamos a la cama por la noche, pensaremos en él.

—Yo cuando voy a estar destrozado es mañana, si Graaf nos hace quedarnos por no haber llevado a ninguno —dijo Bauer—. Me quedo hecho polvo solo de pensarlo.

—Yo también me quedo hecho polvo —confesó Emmerich—. Pero si miras más allá de mañana, podremos recordar que lo hicimos al menos una vez.

—Yo no veo más allá de mañana —objetó Bauer.

Estaba enfrascado rebañando la sémola de los bordes de la cacerola. Yo casi había terminado la mía. Se había enfriado, formando pequeñas costras en el fondo del cacillo. Bauer se dio cuenta y levantó la cacerola para darme un poco porque le quedaba más que a mí. Levanté la mano como para decirle «no, gracias».

—¿Tú hasta dónde ves? —me preguntó—. ¿Hasta mañana, hasta pasado mañana?

Emmerich estaba inclinado, observándome, esperando mi respuesta. Muy despacio sacudí la cabeza, sin saber qué decir, a quién darle la razón en el fondo. Como no respondía, Emmerich me dijo con dulzura, pero también con tristeza:

—Has tenido suerte de pasearte en tranvía esta noche, porque lo que es para mí las noches son iguales que los días. A veces son hasta peores.

Intenté sonreírle, luego bajé la vista.

¿Veis como tenía razón? Más vale guardarse los sueños para sí. No deberíamos hablar nunca de ellos. No había ni sombra de reproche en la voz de Emmerich, pero aun así parecía como si yo tuviera mejor suerte que él.

—Yo tampoco me paso todo el rato en tranvía —le dije, esforzándome por adoptar un tono ligero—. Era la primera vez.

—Yo nunca —murmuró Emmerich.

Me daba cuenta de que Bauer, sumido en un completo silencio, fruncía el ceño y se volvía impenetrable. Empujó la cacerola hacia delante y vi que aún quedaba sémola en el fondo y en los bordes. El polaco también lo vio y se inclinó hacia ella; hizo una mueca acompañada de un murmullo y Bauer le

echó una mirada llena de odio. El polaco se la devolvió, pero no tocó la cacerola.

Pasó un rato. Una vez saciada el hambre, la fatiga ocupó su lugar. Entorné los ojos. Quise irme a mi casa, pero mi casa quedaba demasiado lejos. Habría necesitado más tiempo y más imaginación. Así que me quedé allí, al lado de Emmerich y de Bauer, en aquella casucha polaca que, al principio, al encontrarla, nos había dado miedo.

Por la única ventana se veía que la noche había caído. Si no hubiésemos tenido fuego en la cocina, habría sido de noche allí también. Entonces sentí con más intensidad de lo habitual que cada vez que Emmerich, Bauer y yo estábamos juntos en algún sitio, esa era mi casa. Se estaba a gusto, y la luz también era buena. Qué pena, pensé con cierta amargura, que Emmerich hubiese elegido este momento para atormentarse.

Una vez concluida la comida, el judío parecía vacilar entre regresar a la despensa o bien quedarse delante de la mesa, de pie, sin moverse. Yo tampoco sabía qué decirle que hiciese. Se pasaba la lengua por los labios, sobre los que se percibían aún rastros de manteca derretida.

El polaco resopló con fuerza, miró a su alrededor y de repente se dirigió a la cocina. Lo escuchamos maniobrar y, cuando regresó a la mesa, se había revestido de su capucha de piel, enrollado su bufanda alrededor del cuello y abotonado el abrigo. Cogió la gran petaca verde y se la metió en el bolsillo. Tomó la cuchara de madera, la metió en el cacillo que Bauer le había prestado y lo empujó todo contra su cuerpo, sonriéndole exageradamente con su boca desdentada.

Bauer, en respuesta a lo que el polaco nos dijo después en su lengua, justo antes de dirigirse hacia la puerta mientras llamaba a su perro, le contestó:

—Muérete tú también. Y de prisa.

La puerta se cerró, un aire helado nos envolvió durante un momento y sentimos un escalofrío; luego el fuego volvió a prevalecer y nos hallamos de nuevo como en casa. Pero acabábamos de acordarnos del frío.

Bauer cogió su cacillo e hizo un movimiento rápido hacia arriba, como si quisiera arrojarlo por los aires. Pero lo sostuvo en la mano. Lo que sí salió volando por encima de la mesa y cayó lejos, en el suelo, fue la cuchara del polaco. El judío había presenciado su gesto, y a continuación se giró hacia nosotros; faltó poco para que nos sonriese. Distinguimos un resplandor en sus ojos, cosa que relajó su semblante. Sus ojeras juveniles se atenuaron un poco. Emmerich le lanzó una mirada interminable.

Bauer, que seguía teniendo su cacillo en la mano, respiraba fuerte, como a veces cuando dormía. Veía cómo se le hinchaba el pecho. Oía su respiración y el crepitar de la madera en la cocina. Lo oía todo como si viniese de mi propio pecho.

—Mañana —dijo de repente Bauer— Graaf golpeará la placa de hierro que tiene fuera, y si no llevamos a este con nosotros, no nos libraremos. Si queda alguno por matar, ahí estaremos nosotros también.

Posó el cacillo y le dio un empujón. Se cruzó las manos detrás de la nuca y preguntó sin mirar a nadie:

—¿Sí o no?

No respondíamos. Se volvió hacia mí.

—Sí —contesté.

Y luego, sin mirar a Emmerich, preguntó:

—¿Es o no es así?

Emmerich no podía responder más que la verdad, como yo: que, si llegábamos con las manos vacías, al día siguiente estaba cantado que el lugarteniente no nos permitiría volver a marcharnos, y que iríamos por la fuerza a los fusilamientos.

—Sí —respondió.

Bauer se quitó las manos de la nuca y las extendió en el aire, ante él, como diciendo que, si los tres pensábamos lo mismo, qué más había que hablar. Aun así, el «sí» de Emmerich, inseguro, frágil, flotaba ante nosotros. De repente murmuró:

—Pero te digo, Bauer, que yo un día lo necesitaré. Prefiero ir a matar mañana, pero poder acordarme de este cuando lo necesite. Esta noche, sin ir más lejos, me sentará bien.

Se detuvo, no mucho rato. Y sin mirarnos añadió:

—Vosotros también lo necesitaréis.

Bauer se tomó el tiempo de encenderse un cigarrillo y le respondió:

—No, yo no. Uno solo no me basta.

Echó el humo y murmuró para sí:

—¡Uno! ¡No te digo!

Siguió fumando un instante y luego, como de pasada, dejó caer:

—Has sido tú quien lo ha encontrado, Emmerich.

—¿Y eso qué más da? ¿Qué tiene que ver? —respondió este con sinceridad.

Bauer le contestó, sin maldad, con una especie de resignación:

—Para ponerte a lloriquear después, mejor no haberlo encontrado.

—No no no... —empezó a decir Emmerich.

Y dejó su réplica en suspenso, porque luego no añadió nada, y nosotros tampoco, y el judío, sin duda turbado por aquel silencio, sin nada más a lo que aferrarse, volvió a sentarse en la despensa, sin hacer ruido, andando como un pajarillo.

Fue el fuego de la cocina lo que nos sacó del mutismo al extinguirse. El frío nos asestó dos o tres golpes en la espalda, como si llamara a una puerta. Nos estremecimos, nos revolvimos sobre el banco y nos acordamos de que había que marcharse.

Entonces Bauer hizo lo que yo sabía que iba a hacer, algo que esperaba al mismo tiempo que temía. Se giró ligeramente hacia mí, aguardó un instante y al final me preguntó qué pensaba yo que teníamos que hacer con el judío. De este modo, éramos yo y mi voz los que desempataríamos, ya que él y Emmerich no se ponían de acuerdo en el asunto.

Respondí, como si aún vacilase:

—Espera.

Me incliné para mirar a Emmerich, que estaba inmóvil, con la vista clavada en la mesa. Se volvió hacia mí, entornó los ojos y los dirigió de nuevo hacia la mesa.

En aquel momento, para mi desgracia, me acordé de la mirada interminable que le había lanzado al judío hacía un rato. Comprendí aquella mirada. Sabía a quién había visto Emmerich en secreto a través del judío; a quién, en su imaginación, llevábamos o soltábamos. Aquella noche y en aquel momento, yo podía procurarle alivio. Podía echarle una mano, comprender más que nunca su preocupación y su amor por su hijo, y atenuar un poco la preocupación. Pero estaba harto y, solo de pensar en el día siguiente, solo de imaginar que Graaf no nos permitiese marcharnos, me quedaba hecho polvo. Y, aunque Emmerich no nos hubiese mentido, aunque fuese realmente a aquel judío a quien quería salvar, Bauer no dejaba de tener razón de todos modos: cómo creer, Dios mío, que uno solo bastaría para aliviarnos cuando soñásemos con él por la noche.

Así que di mi opinión a propósito del judío, a sabiendas de que le iba a partir el corazón a Emmerich, pero con la esperanza de que no fuese por mucho tiempo, solo ese anochecer. Lo hice mientras le pedía al cielo que Emmerich no tuviese demasiado tiempo el corazón y el alma rotos y que olvidase pronto todo aquello, como el resto.

Pero juro que no habría hecho lo mismo si hubiese sabido dónde moraba el azar, si hubiese sabido lo que le esperaba a Emmerich en primavera, no

muy lejos de allí, bajo el puente, en Galicia. Y que pronto el único acto de valor que podríamos cumplir Bauer y yo sería no apartar la mirada mientras Emmerich moría.

Era ya de noche cuando salimos de la casa. La puerta de la despensa había terminado por consumirse. Las brasas nos iluminaban mientras nos pertrechábamos. Fuera, el frío nos sorprendió como si fuese un acontecimiento que no nos esperábamos. En el umbral, el judío se puso de nuevo la chaqueta, las manoplas de piel y el gorro.

Lo llevamos a la compañía y, al día siguiente, nos dejaron volver a salir al alba, antes del primer fusilamiento. La luna se retiraba y las nubes corrían ante ella. Un gato cruzó la calle. En la noche helada, quise recordar una plegaria y elevarla por Emmerich y su corazón roto, pero solo me venían a la cabeza fragmentos, nada más. Atravesamos una aldea. Apareció una luz tras una ventana. Emmerich caminaba delante, solo. Hice lo que pude y recité los fragmentos de todos modos.



HUBERT MINGARELLI (Mont-Saint-Martin, Francia, 1956) es autor de una docena de novelas y varias colecciones de cuentos. De entre su obra, traducida a diversos idiomas, destaca *Quatre soldats*, galardonada en 2003 con el Premio Médicis.

UNA COMIDA EN INVIERNO

Hubert Mingarelli



Lectulandia